COMEDIA FAMOSA.

EN MUGER VENGANZA HONROSA.

DE DON GASPAR MONTESINO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Felisardo, Rey.	*Clenarda, Reyna de Sicilia.*	*Clavela, Criada.*
Leonido, Galan.	*Flora, Condesa.*	*Martin, Gracioso.*
El Duque Uberto.	*Rosardo, Marqués.*	*Arnesto. Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Dentro ruido de caza.

Unos. GUarda el Oso, guarda el Oso.
Otros. Aparta el caballo, Arnesto,
si quieres librar tu vida.
Dent. Leon. Cobardes sois, Caballeros,
pues dexais así á la Reyna.
Dent. Arnesto. Antes moriré primero.
Dentro. Guarda el Oso, guarda el Oso.
Dent. Reyn. Dadme vuestra ayuda, Cielos.
Sale huyendo Flora, la qual se ha de llamar Laura, con arco y flechas, ó un venablo.
Flora. Esta es caza? aquesta es huelga?
este es entretenimiento?
llámole lucha y batalla,
dígole marcial estruendo.
La Reyna pienso que ha dado
en manos del Oso fiero,
que lanzando negra espuma
por la boca, y vivo fuego
por los ojos, sacar quiere
de nuestros tímidos pechos
la que vá perdiendo vida,
la que vá sangre vertiendo.
Diez años ha, que buscando
la causa de mis funestos
pesares ando perdida,
la qual es un hombre, aunque esto
no era menester decirlo,
pues que de cierto sabemos,
que no hay en muger desdichas,
deshonras, penas ni zelos,
que no vengan por su causa,
que no sucedan por ellos.

Un mes há que llegué aquí
con mi primo hermano Arnesto,
trayendo falsos papeles,
donde claramente pruebo,
que soy de la Reyna prima,
y ha sido el acogimiento
que ella me ha hecho tan grande,
que quiso hoy, á fuer de ruegos,
saliese con ella á caza,
aunque ha permitido el Cielo,
que se nos haya trocado
en caza de descontentos.

Dent. Leon. Deten el paso veloz,
fiera cruel, monstruo horrendo,
no quieras matar á un Angel.

Flora. El Oso viene aquí muerto:
ay venganza, qué me cuestas!
ay honra, en lo que me has puesto!
ay tiempo, á qué me has traido!
ay caza, cómo me has muerto!
De correr estoy cansada,
aunque quiera huir no puedo:
si aquí me aguardo hay peligro,
mucho mayor si me ausento.
Mas pues de dos males dicen
ser justo tomar el ménos,
yo de aquestos dos peligros
determino hacer lo mesmo:
y pues el Cielo me ofrece
de aquestos troncos los huecos,
de estos ramos la espesura,
esconderme en ellos quiero.

Retirase Flora á un lado del tablado, donde habrá algunos ramos, entre los quales se oculta; y Leonido, que se ha de llamar Lauro, saca en brazos á la Reyna desmayada, á la qual recostará sobre unas flores.

Leon. Hoy ha sido la primera
vez, que la fortuna ingrata
me ha concedido tener
gloria entre desdichas tantas;
pues he quitado no ménos,
que á esta beldad soberana
de los brazos de la muerte,
del cuchillo de las parcas.
Mas no quiero detenerme,
pues tan adelante pasa
el desmayo, ya que aquí
no quiso el Cielo dar agua.
Ocupad, cuerpo divino,
aquesta de flores cama,
en tanto que del cristal,
que de esta sierra en la falda
una fuentecilla llora
(quizá por vuestra desgracia)
algunas lágrimas traigo,
que echadas en vuestra cara
vuelvan la luz á esos ojos,
á esas mexillas la grana,
á esos labios el coral,
y á ese cadaver el alma.
Si no es que acaso se afrentan,
conociendo la ventaja,
que hace tu candor al suyo
(que tiene envidia hasta el agua)
y no cause aquí el efecto,
que siempre en los otros causa,
por verte un rato traspuesta,
y otro poco mas con ansias.
Pero si quando en sí torne,
no me ha de aprovechar nada,
sino solo de besarle,
como Reyna, en fin, las plantas:
quiero gozar de tu vista,
que esta licencia no es amplia
en mí quando esté dispierta,
ni ella pienso querrá darla.
Qué hermosura! Qué lindeza!
Qué gentileza! Qué gracia!
Qué talle! Qué compostura!
Qué aseo! Qué viva estampa
de la que jamas me quiso!
Mas no renovemos llagas,
Leonido, de las heridas,
que casi casi están sanas.
Leonido dixe? ha traidora
lengua, homicida, malvada!
No te he dicho que me llamo
Lauro? Pues cómo me llamas
nombre, que costarme puede,
si á los de alguna villana
persona llegara á oidos,
vida que compré tan cara?
que aunque estamos en desierto,
tal vez para las venganzas

se

se forja de un tronco un cuerpo,
y cien lenguas de una rama.
Mas baxemos á la fuente,
sin apurar mas del alma
los ya pasados ahogos,
las congojas ya pasadas.
Y pues de esta empresa ya
la mas parte está ganada,
démosle fin, que hasta el fin
jamas la gloria se canta. *Vase.*

Flora. O no es verdad lo que oigo,
ó lo que he visto me engaña,
ó son asomos del gusto,
ó son quimeras del alma;
porque ver tan de repente
en esta inculta montaña,
mas alvergue de las fieras,
que de personas morada,
el principio de las penas,
el origen de mis ansias;
parece ilusion y sombra,
parece verdad soñada.
Ya, Leonido, dexaré
de discurrir tierras varias;
ya sé tu nombre fingido,
ya sé que Lauro te llamas:
en mí hallarás tu castigo,
sin que sepas ser tú causa,
que si tú Lauro te has puesto,
yo tambien me he puesto Laura.
Quisiera ahora salir,
y á la Reyna lastimada
darle algun consuelo; mas
como es mi alegria tanta,
juzga el alma ser incierto
lo propio que ha visto, y anda
alternando los sentidos,
borrando las esperanzas;
y así, pues vuelve, aguardar
quiero, que es cosa clara,
que ella ha de querer saber
toda su vida: ay venganza!

Levantase la Reyna, mirando como confusa á todas partes.

Reyna. He estado con atencion,
ya despues de en mí tornada,
de aquel Caballero oyendo
las amorosas palabras;
que aunque jamas en mi pecho
hizo tiro el de la aljaba,
por ser mas que á los requiebros
aficionada á las armas.
No puede naturaleza
del todo apagar las llamas,
las quales mas se fomentan,
miéntras mas en salir tardan.
El dueño pienso que es,
si las señas no me engañan,
de la casa de placer,
á quien sirve esta montaña,
tímida por ser tan fiera,
triste por tan solitaria,
de torreon por la vista,
y de escolta por la espalda.
Bien se sabe enamorar,
bien requiebra, bien iguala
á un cuerpo las partes todas,
que para perfecto bastan.
Mas harto mejor pelea,
y harto mejor que mi guarda
sabe, por salvar la mia,
no estimar su vida en nada,
fuera de haberme traído
hasta aquí; porque fué tanta
la turbacion que me dió
de verme casi en las garras,
no ménos que de una Tigre,
que quedó la sangre elada,
sino es la poca que huyó
del corazon á las alas.
Desmayéme, en fin, y no
es mucho, que si me hallara
con el que tiré venablo,
quizás por librar á Laura,
no fuera la vez primera,
que frente á frente esperara
de un Oso la fortaleza,
de una fiera la arrogancia.
Pero volviendo á mi gente,
no es vileza, no es infamia,
que así me dexasen todos
en tal peligro olvidada?
Pues por mi corona juro,
que he de averiguar la causa;
y si es traicion, he de hacer,
que sepan quien es Clenarda.

Dentro ruido de espadas, y dice Leonido.

Leon. No soy sino Caballero,
mirad bien lo que decís,
que solamente á un mentís,
sabe desmentir mi acero.

Salen acuchillándose Leonido y el Duque Uberto, el qual traerá una vanda verde en la mano.

Duq. Detente, fiero villano.
Leon. Ahora me detendré,
porque á quien disteis del pie,
y yo libré con mi mano
está presente. *Reyna.* Qué es esto,
Duque? *Duq.* Señora, volver
por tu honra. *Reyna.* Puede haber
quien me ofenda en este puesto?
Duq. Sí, pues viniendo á buscar
á vuestra Alteza, encontré
su vanda, la qual tomé
para humilde se la dar,
y descortés y atrevido
este Caballero intenta
que la dexe por su cuenta,
donde propio se ha caído;
y viendo que no queria
desistir de su quimera,
fuerza fué de esta manera
enseñarle cortesía.
Leon. Yo no he sido descortés
en hacer lo que contais,
sí bien, Duque, lo tomais
de mi intencion al revés:
que si tomar impedia
la vanda de donde estaba,
es con razon, pues bastaba
haber podido ser mia.
Que pues traer merecí
en mis brazos á su dueño,
era premio harto pequeño
una vanda para mí.
Mas obró el considerar,
que no es casada su Alteza,
tanto en mí, que por vileza
juzgárala levantar;
porque si alguno me viera
con prenda suya, ignorante
de la causa, en un instante
á mal fin lo atribuyera:
y sobre si acaso fueron
favores, podia comprar
muerte infame, por tomar
aquello que no me dieron:
y dexara de su Alteza
notada la castidad
con rasgos de liviandad,
siendo el pensarlo baxeza.
Estas consideraciones
fueron rémora á mis pasos,
pues no hay en muger fracasos,
como andar en opiniones.
Y así, supuesto que no
tomé lo que bien pudiera,
no quise que lo traxera,
quien despues que yo lo vió.
Mas ya que con fieros vanos
la tomasteis, bien hicisteis
de venir donde venisteis
para escapar de mis manos.
Duq. Señora, con tu licencia::-
Rey. Bueno está. *Duq.* Que tal consiento! *ap.*
Reyna. Advertid, Duque, que siento
mucho vuestra negligencia,
y no attribuyais á mengua
fiaros de este Caballero,
que obra con el acero,
mas que dice con la lengua;
porque si por él no fuera
de un Oso aquí defendida,
no me hallarais ya con vida,
ni la vanda me la diera:
la qual quiero que le deis
en premio de su valor,
y con gusto y con amor
amigo con él quedeis.

Dale el Duque la vanda, y abrazanse.

Duq. Rabiando estoy de pesar. *ap.*
Flora. Dudosa estoy si es Leonido;
mas pues aquí me ha traído
el Cielo, quiero aguardar
hasta ver el fin. *Reyna.* Haced,
Duque, recoger la gente
á esta Quinta brevemente.
Leon. No me hagais tanta merced,
que es muy estrecha mi casa
para tal huesped. *Duq.* Yo voy. *Vase.*
Flora. Llena de temor estoy.

Leon. Hallaréisla tan escasa,
que habeis de quedar corrída;
mas con todo, avisar quiero
á mis criados. *Reyna.* Primero
quiero saber vuestra vida,
el nombre, Patria y nacion.
Flora. Ahora saldré de duda.
Leon. La lengua ha quedado muda
de temor y confusion.
Reyna. De qué? *Leon.* De que habeis pedido
que renueve mis dolores.
Reyna. Tantos son? *Leon.* Y los mayores
de quantos habeis oído.
Reyna. Holgaré en saberlos mucho.
Leon. Señora:- *Reyna.* Ya os lo he mandado.
Leon. Otro dia::- *Reyna.* Es excusado.
Leon. Oidme pues. *Reyna.* Ya os escucho.
Leon. Reyna insigne de Sicilia,
en quien pusieron los Cielos
de prudente tantas partes,
de hermosa tantos extremos;
para darte relacion
de mis trágicos sucesos,
de mis inmensos fracasos,
préstame un rato silencio.
Es mi Patria Alexandría,
Ciudad de Egipto, dó vieron
la primera luz mis ojos
en el registro del tiempo.
Mis padres, que se llamaron
Blanca Leonida y Lanspergio,
si no bien afortunados,
de nobleza poco esentos,
me pusieron Leonido,
en quien los Astros opuestos
influyeron mil desdichas,
cumularon mil portentos;
el qual nombre me he trocado
en Lauro, solo por miedo
de un insulto que sabrás,
si me estás atenta, presto.
Desde mis pueriles años
(que como es el amor ciego,
ni pone freno a los niños,
ni da vergüenza a los viejos)
puse mis ojos humildes,
ó mejor diré soberbios,
en un Angel, en un Sol;
y para no gastar tiempo,
en la mas bella criatura
que pintó el pincel supremo,
desde que dió el sér al barro
en el campo Damasceno.
Esta era Flora, en quien puso
tan de espacio, tan á tiempo
el Cielo sus perfecciones,
que pienso, y tengo por cierto,
que las partes mas coturnas
de hermosura que tuvieron
Elena, Lucrecia y Dido,
fué ajustando y componiendo
en su cuerpo, en sus facciones,
en su gala, en su despejo,
en su brio, en su donayre,
tanto, que desde el cabello,
oro fino, hasta la planta
del pulido pie, echó el resto
la naturaleza, acaso
por cifrar en un sugeto
de todas sus maravillas
un epítome y compendio,
que diese á la Luna envidia,
y sirviese al Sol de espejo.
Visitar le ví tres lustros
á la blanca Aurora Febo
los cristalinos umbrales,
diciéndola mil requiebros,
y otros tantos recibir
de Delia amorosos besos;
quando infeliz comencé
á tratar mi amor, poniendo
infinitos imposibles
á mis plantas, que violentos,
forzados de la razon
que llevaban, pretendieron,
ya representando muertes,
ya castigos, ya portentos,
poner rienda á mi apetito,
y refrenar mis deseos.
Comencé, en fin, como digo,
á hacer á Flora paseos,
enviándola villetes,
diciéndola mil requiebros,
gastando costosas galas,
haciendo ricos empleos,
ofreciéndola mil vidas,

dándole de mis tormentos
de noche parte en sus rejas,
aunque siempre (caso adverso!)
á mis voces se hizo sorda,
Tigre Hircana á mis requiebros,
á mi llanto peña dura,
á mis quejas qual de acero,
desentendida á mis cartas,
y ciega á mis galantéos.
Así pues pasé tres años,
sin tener tan solo un premio
en que colgar mi esperanza;
y viendo que él sufrimiento,
para tantas dilaciones,
se iba apurando, soberbio
me determiné á pedirla
á su padre en casamiento.
Era Señor, yo Vasallo,
El Conde, yo Caballero,
nacido de humildes padres,
y él padre del hermoso cielo
de Flora, cosa que hacia
en mi lastimado pecho
concluyentes silogismos
con mil argumentos ciertos,
que era varia mi esperanza,
é imposibles mis funestos
amores; mas como ya
estaba en esto resuelto,
pedila con mil caricias,
y negómela con fieros,
que un poderoso se ahorra
de costeses cumplimientos.
Murió el Conde de allí á poco,
y quedó Flora vertiendo
dos mares de ricas perlas,
que á ser capaces de precio,
se vendieran muchos hombres
por comprarlas, porque es ménos
gozar de la libertad,
que de pedazos de Cielo.
Entendí yo ya que habia
concluído por lo ménos
con los desdenes de Flora,
con los de mi amor desvelos,
quando llegándole á dar
el pésame á su aposento,
que de mil fúnebres paños
estaba todo cubierto,
me dixo tales razones,
y tan resueltas, que creo
ella me le dió á mí grande,
no un pésame, sino ciento.
Obedecíla cortés
aunque triste, no queriendo
perder por adelantarme
las esperanzas, que el ciego
niño Amor me concedia,
que nunca fué de discretos
arrojarse del peligro
á los ímpetus primeros.
Retiróse de su Estado
á una Quinta, pareciendo
que estaban sin flor los campos,
quando no está Flora en ellos.
Parecióme esta ocasion
bastante, y dexando el miedo
á una parte, y el temor
á otra, porque son éstos
del alvedrio del hombre
dos tropezones, resuelto
me determiné á coger
de su flor el fruto bello.
Y aunque tenia amigos muchos,
y no me faltaban deudos,
no me quise acompañar
de ninguno; porque el cuerdo
para las acciones viles
vá solo, por dos respetos,
porque no sepan su infamia,
y no haya en su mal terceros.
Llegué una noche á la Quinta
de mi bella ingrata, al tiempo
que no hay mortal, que no esté
al dulce rendido sueño.
Y con una que llevaba
llave hechiza, voy abriendo
desde la primera puerta,
hasta el último aposento;
y en estando apoderado
de las quadras, fuí con tiento,
y con ingenioso ardid
de tal manera poniendo
las puertas de los retretes,
dó los Pages y Escuderos
dormian, que era imposible

abrir-

abrirlas, si no es que al suelo
las abatiesen; mas quando
de todos llegué al postrero,
le abrí, y tomando una luz,
que al de pedernales fuego
habia encendido, me entré
con pasos blandos y lentos,
hasta llegar dó dormia
sin ningun cuidado un viejo,
y asiéndole de la mano,
puesta la luz en el suelo,
le quité el sueño, y mirando
que iba á dar voces, al pecho
le puse la espada y dixe,
que me enseñase al momento
el Palacio donde Flora
rendia párias al sueño,
sin hablar palabra, ántes
que el de la muerte instrumento,
y tropezon de la vida
de su pecho entrara dentro
á saberlo, sin haber
menester agradecerlo.
Calló al punto, porque es caso
rigoroso el estar viendo
la muerte junto á la vista,
y el vivir en tal aprieto.
Dióme las señas del quarto
de Flora, humilde pidiendo
le concediese la vida,
lo qual no hice, que en estos
y otros casos semejantes,
es locura y desacierto
tener piedad, porque es
no tenerla de sí mesmo.
Dándole dos estocadas,
dexé al miserable viejo
con la ya frígida sangre,
matizando al duro suelo.
Cerré la puerta, y pasé
al celestial aposento
(si es justo llamarle así)
donde Flora sin recelos
de tal fracaso dormia,
aunque su corazon, pienso
que quando llegué, con saltos
se lo estaba ya diciendo.
Volví á cerrar en entrando,
y llegándome hácia el lecho
dichoso, por recibir
en sus brazos un Sol bello,
estuve con atencion
una gran pieza suspenso,
considerando el que á hacer
iba insulto, en la que viendo
imágen divina, estaba
tan hermosa, que prometo,
que para sus pechos castos
era el cristal muy grosero,
muy tosco el blanco marfil
para el torneado cuello,
imperfectos los jazmines
para el espacioso cielo
de su frente, y el coral
perdió los hermosos léjos
para con los de su boca
rubicundos labios bellos.
De las esparcidas hebras
de la madeja, que á Febo
causara envidia, se hacian
mil sortijas, hasta en medio
de las purpureas mexillas,
donde estaban compitiendo
la nieve con el carmin
sobre el asiento primero.
Admirado pues de ver,
ó mejor diré, con miedo
de oponerme á su divina
honestidad, mas me acerco,
y apénas toqué una mano
de azucenas, quando abriendo
dos soles, que encandilaran
el ave de mas imperio,
recordó despavorida,
como le sucede, pienso,
á la Aurora quando llega
su amante á verla en el lecho
desnuda, que vergonzosa
procura cubrirse: esto
representaba mi Flora
entre espantos y entre miedos.
Quiso llamar los criados;
pero le salí al encuentro,
diciendo, que los dexaba
en sus propias camas muertos.
En fin, estuve con ella

mas

mas de un hora debatiendo,
ya amoroso, ya enojado,
y ella á todo resistiendo;
que el ánimo mugeril,
quando está á un desden resuelto,
ni por ruegos ni amenazas
desistirá de su intento.
Por lo qual, considerando
que eran las palabras viento,
remitir quise á la fuerza,
lo que no alcanzaban ruegos.
Pero apénas con mis brazos
medí los suyos tan tersos,
que con los hilos de sangre
el candor cobraba aliento,
quando á los de voces suyas,
dignos de compasion écos,
vide por la puerta entrar
al que yo dí muerte viejo,
con una espada en la mano,
y hácia mí se viene, habiendo
muerto primero la luz,
dexándome á mi mas muerto.
Cayó desmayada Flora
sobre sí misma, que un cielo
no es razon que caiga nunca,
sino en brazos de sí mesmo.
Y yo lleno del espanto,
cercado todo de miedo,
palpitando el corazon,
y erizado todo el pelo,
dexo su lado, y procuro,
tirando golpes á tiento,
escapar solo la vida,
joya que no tiene precio.
Mas como era, en fin, castigo
de mis lascivos deseos,
y ánima con la que estaba,
porque no podia haber cuerpo,
sí todas quantas tiré
cuchilladas dí en el viento,
y ella no tiraba golpe,
que no me acertase al pecho.
Determiné de dexarla,
y tropezando y cayendo,
con los de la puerta umbrales
acerté á dar, despidiendo
por la voca tristes quejas,
por los ojos llanto inmenso,
por las cicatrices rotas
de sangre mil arroyuelos.
Salí de la Quinta así,
rodeando por momentos
la cabeza por si acaso
alguno me iba siguiendo.
No quise de aquesta suerte
irme á la Ciudad, temiendo
el justo enojo de Flora,
y el peligro, por ser léjos:
porque iba tan desangrado,
que si del bosque primero
en un pastoril albergue
no hallara tanto remedio,
como de una Pastorcilla,
la qual con piadoso zelo
me repretó las heridas
y aplicó medicamentos;
este fuera el dia, en que
hubiera de mis excesos
dádole la cuenta á Dios,
y no buena en aquel tiempo.
Sabiendo pues la pesquisa
rigorosa que iba haciendo
Flora en todos sus estados,
quise poner tierra en medio.
Aquí á Sicilia pasé,
donde del radiante Febo
he visto cumplir diez cursos
por zonas y paralelos,
retirado en esta Quinta,
en cuyos bosques espesos
me entretengo en matar fieras,
porque en sus pechos me vengo
de aquella que se mostró
tan fiera para mi pecho.
Hoy salí al mismo exercicio,
permitiéndome los Cielos,
que libertase á tu Alteza
de aquel monstruo, que grosero
iba ya á ser de tu vida
parca fatal, si al encuentro
no le faltara mi espada,
que de los hombres tan presto
le derribó la cabeza,
que fué saltando un gran trecho,
mordiendo el suelo, pensando
que

que estaba aún unida al cuerpo.
Dicha, señora, fué tuya,
como mia, porque es cierto,
que no he tenido jamas
dicha, si no há sido en esto.
Esta es mi historia, no quieras
saber mas, solo te ruego,
si ocaso de mis desdichas
se te ha enternecido el pecho,
no me descubras á nadie,
pues sabes que en el secreto,
si Flora me busca, estriba
la poca vida que tengo.
En mí, quando tú quisieres
salir á cazar, te ofrezco
un esclavo, que con los
pocos criados, al bello,
que en tí el sacro Cielo puso
talle y á esos dos luceros,
con alma, vida y hacienda
serviré siglos eternos.

Reyna. Tan admirada he quedado
de tus desgracias, Leonido,
que á buena suerte he tenido
el susto que hoy he pasado.
Y pues en el tiempo vario
jamas has podido hallar
sino zozobras y azar,
desde hoy por mi Secretario
irás conmigo. *Leon.* Tus pies
beso mil veces, señora.

Flora. Ya hemos confirmado, Flora,
esta verdad: ea pues,
saquemos del pecho adusto
rayos para la venganza,
sea, sea su privanza
muerte de todo su gusto.

Reyna. Vamos, que me aguardarán.

Leon. Que me mandeis solo espero.

Flora. Al descuido salir quiero.

Leon. Que como á divino iman,
de vuestro coturno iré
siguiendo la hermosa huella,
que será para mí estrella,
por estampa de tal pie.

Reyna. Y en fin, que te has de llamar
Lauro? *Leon.* Y humilde te pido,
que no me nombres Leonido.

Reyna. Secreto sabré guardar.

Vase á entrar, y sale Flora al encuentro de donde estaba oculta.

Flora. O qué encuentro tan dichoso!
O qué tan alegre vista
para quien cercada viene
de cuidados! *Reyna.* Bien venida
seas, Laura, y no te espantes,
pues en desgracia y desdicha
hemos corrido hoy parejas.

Leon. Cielos, no es la estampa misma *ap.*
de Flora la que estoy viendo?
Sí; porque son conocidas
las señas del talle y rostro,
labios, ojos y mexillas.
Mas quien la ha de haber traído
aquí desde Alexandría,
surcando salobres aguas,
y atravesando Provincias?
Quién? el zelo de la honra,
la venganza, la justicia,
que atrevimientos enormes
en qualquier parte castiga.
Que aunque no conseguí el fin,
se le dá la pena misma
al que vá á hacer la muerte,
como al que la ratifica.
Y así, si es ella, y ha oído
la relacion referida,
me ha de prender si no salgo
esta noche de Mecina.
Privados tengo los pulsos,
la sangre en las venas fria,
palpitando el corazan,
agonizando la vida:
todo estoy hecho de marmol.

Reyna. Háblale, Lauro, á mi prima.

Leon. El disimular importa. *ap.*
A tus pies, señora mia,
tienes un menor criado.

Flora. Levantad, que no soy digna
de que ante mí se arrodille
hombre que la Reyna estima.

Reyna. Débole, Laura, muy mucho,
que te contaré en la Quinta
con mas espacio esta noche.

Leon. Llamarla Laura, y ser prima *ap.*
suya, bien claro se muestra,

que mi loca fantasía
se ha engañado; mas con todo
no cobraré las perdidas
fuerzas, hasta averiguar
este caso. *Flora.* Y determinas,
señora, quedarte aquí?
Reyna. Si, Laura. *Flor.* Cuya es la Quinta?
Reyna. Del que está presente. *Leon.* Vuestra
es, señora, mas que mia.
Flora. Vamos, pues.
Reyna Camina, Lauro.
Leon. Milagro será si atinan *ap.*
mis torpes pies á llevarme;
mas si me esperan desdichas,
sí acertarán, porque siempre
tras ellas se precipitan. *Vanse.*
Salen Martin y Clavela.
Mart. En fin, os llamais Clavela?
Clav. Ya no te he dicho que sí?
Mart. Soy muy flaco de memoria:
pero no os habeis de erguir,
quando yo estoy en mi casa,
y vos en casa de mi::-
Clav. De quién? *Mart.* De mi señor digo:
déxame á espacio decir,
que estoy::- *Clav.* Cómo estás?
Mart. Traspuesto.
Clav. Pues anda, vete á dormir.
Mart. No, Clavela, no procede
mi trasposicion de aí.
Clav. Pues de dónde? *Mart.* De tu nombre,
que me hizo un retintin
en las tripas, que parece,
que al instante que le oí,
comenzaron á danzar,
sirviendo de ministril
el ógano de tu voz;
y como yo estaba, en fin,
el mas próxîmo á la danza,
y tan proxîmado á tí,
en oirla me traspuse,
y en verme me divertí.
Clav. Muy gracioso eres. *Mart.* Soy
en gracias el mas feliz
que ha habido desde el diluvio.
Clav. Cómo te llamas? *Mart.* Martin
ó Tordó, pues es lo mismo.
Clav. Muy bien te quadra.
Mart. Pues dí,
sabes el cuento? *Clav.* Yo no.
Mart. Pues quiérotele decir.
Presentáronle á mi madre,
vispera de San Pasquin,
un exército de cosas
para el tiempo de parir;
como fueron, cien pañales,
seis mantillas y un candil,
un asador, dos sartenes,
un perro, un gato, un rocin,
un almirez con su mano,
una flauta, un tamboril,
dos gallinas, tres capones,
un pato y un tordo, en fin.
Y como mis dos abuelas,
dándose puñadas mil,
riñesen sobre qual nombre
mejor me estaría á mí;
saltó el tordo muy erguido,
diciendo: Martin, Martin.
Cayóle en gusto á mi padre,
y dixo: no hay que reñir,
que Martin se ha de llamar;
y como estuviese allí
el Cura, fué de su parte,
con lo qual cesó el motin:
y como Martin y Tordo
son sinónomos, así
á veces Tordo me llamo,
y á veces solo Martin.
Clav. Gusto me das con tus gracias.
Mart. Enamórate de mí,
y verás como te pongo
de chufletas. *Clav.* Pues has de ir
á la Corte, guárdalas
para allá, que no hay aquí
tanto lugar. *Mart.* Dices bien:
me tendrás espadachin
en la Corte, y yo que soy
poco amigo de reñir,
me he de hallar mal.
Clav. No hayas miedo.
Mart. Confiado he de ir en tí.
Clav. Vamonos, que llega ya
mi señora. *Mart.* Es Laura? *Clav.* Sí.
Mart. Ya me voy, Clavela, pues;
mas no tengo de dormir
un

un punto porque he de hacer
á tu nombre un villancí,
á tus labios un soné,
á tu cuello una cancí,
á tus mexillas cien vers,
y un roman á tu nariz:
que quiere decir, Clavela,
si no entiendes el Latin,
un villancico á tu nomb,
un soneto á tus labí,
una cancion á tu cue,
cien versos á tus mexí,
y á tu nar un buen romance;
con lo qual Dios nos dé aquí
gracia, salud y dineros,
y su santa gloria al fin. *Vanse.*

Salen Felisardo, Rey de Ungría, y Rosardo Marqués.

Felis. Con mal pie habemos llegado,
pues no está la Reyna aquí.
Ros. No mas de por eso? *Felis.* Si,
esto me ha pronosticado
mal fin en mi pretension.
Ros. No diga tal vuestra Alteza.
Felis. Me ha causado gran tristeza.
Ros. Es vana imaginacion;
porque bien mirado el caso,
mas se debe atribuir
á buena suerte venir
á tal tiempo. *Felis.* Hablemos paso.
Ros. Solos pienso yo que estamos.
Felis. Pues estoy determinado,
Marqués, de que disfrazado
esta empresa consigamos.
Ros. Yo estoy de ese parecer,
porque gran mengua sería
venir aquí un Rey de Ungría
solo á ver una muger.
Por lo qual será mejor
diga tu Alteza, que viene
á las vistas, y que tiene
título de Embaxador,
porque aquí no habrá persona,
que te conozca; demás,
que muy disfrazado estás.
Felis. Diera toda mi Corona
por tener feliz suceso.
Ros. Yo espero que le ha de haber;
pero te importa tener
ménos cólera, y mas seso.
Felis. Terrible es mi condicion,
mas no tan precipitada,
que dexe de ir ajustada
á leyes de la razon:
y así, si alguno me trata
fuera de ella, es como al mar
el quererme refrenar.
Ros. Pues eso te desbarata?
Felis. Ya lo echo de ver, Rosardo;
mas intentarme abstener
entónces, será querer
que no sea Felisardo;
y si acaso con desden
piensa Clenarda tratarme,
ella puede perdonarme,
que tengo de hablar tambien.
Ros. No será acertado medio
descubrirse vuestra Alteza?
Felis. Ya echo de ver que es baxeza;
mas no habiendo otro remedio,
yo le enmendaré. *Ros.* Fiado
en tu prudencia, señor,
espero que de este amor
tendrás el fin deseado.
Felis. Vamos, porque es imposible,
si viene de caza hoy,
hablarla, y mas qual estoy.
Ros. Condicion tiene terrible. *ap.*

Vanse, y salen Leonido y Martin.

Leon. Ya hemos llegado, Martin,
á la Corte. *Mart.* Laberinto
le llamo yo, pues me dicen,
que por milagro se ha visto
acertar hombre á salir
una vez dentro metido.
Pero dexando esto aparte,
cuéntame lo que te ha dicho
Laura, que bien sé que estás
desde ayer::- mas no lo digo,
que tengo mucha vergüenza.
Leon. Enamorado? *Mart.* Eso mismo.
Leon. No lo niego: mas no basta,
Martin, haber padecido
diez años de soledad?
Mart. Y sobra, por Jesu-Christo,
que no somos San Antones,

 Ge-

Gerónimos ni Benitos.

Leon. Sabrás pues, que estando anoche
de mil ansias combatido,
cercado de mil temores,
y temiendo mil peligros,
por recelos que me es fuerza
callarlos y no decirlos,
se llegó Laura hácia mí,
y con semblante propicio
me dió, sí bien con recato,
el parabien de mi oficio.
Díle las gracias gozoso,
lo qual vino á ser motivo
de travar conversacion
con muy corteses principios.
Yo le conté con rebozo
mi historia, y ella al proviso
me hizo de toda su vida
un epítome sucinto.
Díxome como su padre,
que fué de la Reyna tio,
quedó de Amurates preso
en la Conquista de Cipro,
el qual murió en la prision
con su muger y sus hijos,
sino es Laura, á quien libró,
despues de haber padecido
diez años de cautiverio,
con un generoso arbitrio
Arnesto, que á la sazon
estaba tambien cautivo;
y que habrá un mes que llegaron
á Sicilia, donde han sido
recibidos de la Reyna
con fiestas y regocijos.
Estas palabras, Martin,
fueron en mi pecho frio
llamas de amor, que abrasaron
mis engañados juicios.
Quedóse quieta mi alma,
mi confusion se deshizo,
y de mis vanos recelos
se borraron los designios.
Y en este instante el amor
bosquejó en el lugar mismo
dó estuvo la fantasía,
un diseño tan al vivo,
que le juzgué ya perfecto,
aun ántes de colorido,
segun la operacion fuerte,
y el efecto que en mí hizo;
porque ya las cinco flechas
pendientes del blanco armiño
de su mano iba á tocar,
si no me hiciera un retiro
un poco esquiva, por ser
su amor recatado y limpio,
ó de vergüenza, ó ya fuese
porque la Reyna nos vido.
En fin, se apartó de mí,
hasta que por el camino
esta mañana, pasando
por junto de ella, me dixo
con los ojos, como estaba
unido su gusto al mio,
con que confirme mis glorias,
y juzgué el breve desvio
y esquivéz de anoche, solo
por paréntisis impío
al periodo, Martin,
de la dicha que consigo.

Mart. Pardiez, señor, que me huelgo
porque yo tambien he visto
á Clavela, que ha de ser
la clave de mis sentidos,
la cerraja de mi alma,
tenazas, clavo y martillo,
que me clave y desenclave:
mas la Reyna. *Leon.* Suerte ha sido.

Salen la Reyna, Flora, Clavela, Arnesto, el Duque Uberto y acompañamiento.

Reyna. El caso importa mirarse.

Duq. Tus Consejeros lo ven.

Arnest. Y aun condenan tu desden.

Reyna. Cómo ellos no han de casarse
todo les parece bien:
yo lo miraré mejor,
pues soy quien me he de casar.

Leon. Yo quiero, Martin, llegar.

Duq. Justo es, que á un Embaxador
de Ungría ::- *Reyna.* No hay sino callar.

Leon. A tus pies, señora mia,
tienes á Lauro postrado;
perdona si me he tardado,
por ser hoy el primer dia
en que entro á ser tu criado.

Reyna.

Reyna. Levantad del suelo, alzad,
Secretario, que no habeis
hecho falta. *Leon.* Es que me haceis
dos mil mercedes. *Reyna.* Mirad,
que aquesta noche me hableis.
Leon. Cumpliré vuestro mandato,
y humilde os pido, señora,
que mireis aqueste ahora.
Dale un Memorial.
Reyna. Que me place. *Leon.* Sedme grato, *ap.*
Cielo, solo en esta hora.
Duq. Qué decís, señor Arnesto,
á estas cosas? *Arnest.* Que es rigor
tratar á un Embaxador
tan desabrido; mas esto
consiste en falta de amor.
Duq. Nunca el casar le ha agradado.
Mart. Clavela, yo has olvidado
á quien no cesa de amarte?
Clav. Qué quieres?
Mart. Hazte á esta parte,
te contaré mi cuidado.
Clav. Qué hay de poesía? *Mart.* Sonetos,
villancicos y canciones.
Clav. Versos serán remendones.
Mart. No son, sí los mas perfetos
que han oído las naciones.
Flora. Confusa estoy y turbada, *ap.*
y con no pocos temores
de esta carta, que hay rigores,
que hasta estar en la estacada
no discubren sus dolores.
Pero quién puede saber
en Sicilia quien yo soy?
Leon. Temblando de miedo estoy. *ap.*
Flóra. Ya ha acabado de leer. *ap.*
Reyna. Ha Lauro? *Leon.* Muriendo voy. *ap.*
Señora. *Reyna.* Necio y discreto
en tu pregunta has andado:
necio, en haber preguntado,
si tendrá tu amor efecto,
quando hayas á Laura amado,
supuesto que echas de ver,
que es mi prima, y que sería,
como suya, mengua mia,
venir á ser tu muger,
despreciando yo al de Ungría.
Discreto, en que en preguntar,
segun, Lauro, me imagino,
te confiesas por indigno,
y para despues no errar,
preguntas por el camino.
Bien has hecho, y porque es justo
que venza la discrecion,
premiarte es mucha razon;
y así, si es de Laura gusto,
no te haré contradiccion.
Leon. Beso mil veces tus pies.
Duq. Alguna merced le ha hecho. *ap.*
Flora. No le hará muy buen provecho. *ap.*
Reyna. Nó os digo mas. *Leon.* Premio es,
como de ese heroyco pecho.
Reyna. Ven conmigo. *Flora* Lauro, escucha.
Vanse la Reyna, el Duque y Arnesto, y al irse Leonido le detiene Flora.
Leon. Ya voy. Ya, señora mia, *á Flor.*
vuelvo. *Flor.* Gentil cortesía!
Leon. Me llamó la Reyna. *Flor.* Es mucha
razon, andad. *Leon.* Bien podia
dexarme aquí, pues quedaban
dos soles que me alumbraban,
á cuyos rayos quisiera
calentarme, si pudiera
cumplir lo que me mandaban.
Flora. Qué le has pedido? *Leon.* No mas,
de que me dexe adorarte,
servirte, verte y amarte.
Flora. O qué escrupuloso estás!
Leon. A darte de todo parte
al punto vuelvo. *Flora.* Id con Dios.
Leon. El me vuelva presto á vos.
Flora. Me amas mucho?
Leon. Mas que á mí.
Flora. Qué dices? *Leon.* Que estoy en tí,
tú en mi pecho, yo en los dos:
qué me respondes? *Flora.* Que estoy
agradecida á tu amor.
Leon. Dame pues algun favor.
Flóra. No te vás? *Leon.* Ya no me voy:
la Reyna aguarde. *Flora.* Peor
es hacer tal desacierto:
vuelve luego. *Leon.* Y si no acierto,
cómo, Laura, volveré?
Flora. Pues por qué, Lauro? *Leon.* Por qué?
porque voy de amores muerto.
Vanse Leonido y Martin.

Clav. Lástima tengo, señora,
de que seas homicida
de quien á tu amor rendida
tiene el alma. *Flora.* Si es traidora,
no es justo que tenga vida;
que quien atrevido y loco
me quiso el honor quitar,
sin ver ni considerar,
que estimándome en tan poco
me tenia de vengar,
es cierto se resolvió
el castigo á padecer.
Este en mí le ha de tener,
que será en dárselo yo
mas grande por ser muger,
que aunque tan amante ahora
me requiebra y enamora,
bien sabes que no es por mí,
que á fe no lo hiciera así,
si supiera que soy Flora.
Mas pues tambien ha trazado
lo que tanto he deseado,
le he de mostrar mucho amor,
para vengarme mejor
cogiéndole descuidado.
Se hallará de aquesta suerte,
si saliere victoriosa;
tirano amor en esposa;
un alivio en una muerte;
y en Muger venganza Honrosa.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Felisardo, Rey de Ungría y Rosardo Marqués.

Ros. No hay por qué estés enojado
de haber esperado un mes.
Felis. Por mí Corona, Marqués,
que estoy ya tan enfadado,
que si no echara de ver,
que me mata su hermosura,
atribuyera á locura
sufrir tanto á una muger;
porque no quererme dar
el sí ó no, tan solo es
para matarme despues,
comenzarme á hacer penar.
Ros. Digo que teneis razon;
pero has de estar advertido,
que pues no te ha despedido,
te tiene alguna aficion:
aguarda, que en la esperanza
se sustenta todo amor.
Felis. Nunca en hombres de valor
lugar esa regla alcanza,
que un Príncipe no ha de estar
sujeto á la comun ley,
que eso ya no era ser Rey,
sino hombre particular;
fuera de estarle tambien
á Sicilia el casamiento.
Ros. No hay por qué estés descontento,
hasta que respuesta den.
Salen riñendo el Duque Uberto y Leonido, y Arnesto metiendo paz.
Duq. Pues tú te atreves á mí?
Arnest. Teneos, Duque. *Leon.* Mi persona
os dará á entender quien soy.
Arnest. Detente, Lauro.
Ros. Aquí importa
socorrer. *Felis.* Qué es esto? Afuera,
ténganse todos.
Metese de por medio el Rey y el Marqués.
Duq. Tú tomas
el guante que alcé primero?
Leon. Es mio. *Felis.* Bueno está y sobra.
Duq. Agradeced al padrino.
Leon. Sí agradezco, por ser cosa
injusta quitar la vida
á quien me dió á ganar honra
por esta prenda, la qual
me podreis pedir á solas,
Duque, quando os diera gusto:
solo os advierto, que es poca
lo potencia que teneis
para hazaña tan heroyca;
porque llevando conmigo,
quien es bastante á hacer sombra,
y á servir de nube en parte
al lucero de mas orlas;
(que á quien tiene en sí dos soles,
bien le quadra esta axîoma)
es cierto, que ha de impedir
vuestros golpes, y en retornas,
pues es nube de una mano,
pres-

prestará á mi mano bombas,
aunque os consuma y abrase,
con que el abismo esconda
quantas me pusiereis vidas,
quantas traxereis personas
para de mí defenderos,
que para hacer esto sobra,
Duque Uberto, solo un guante
de una muger que es hermosa.

Vase Leonido, quierele seguir el Duque, y Felisardo le detiene.

Duq. Señor, aunque perdoneis::-
Felis. Estaos quedo, que no importan
las palabras, quando son
de amantes, porque son locas;
que un hombre que tiene amor,
yo os doy palabra, que montan
tanto, como estar sin seso.
Duq. Yo os obedezco. *Felis.* Estas cosas
son propias de los que aman,
todo es pesares, discordias,
agravios, zelos, desdichas,
sin otras dos mil zozobras.
En mí está claro el exemplo,
ó en mi Rey, porque las horas,
me escribe, se le hacen años,
aguardando la dichosa
resolucion de la Reyna.
Ros. Muy bien finge. *ap.*
Arnest. Bien á Flora *ap.*
se le trazan sus intentos.
Duq. Señor Embaxador, toda
la fuerza de estos negocios
pienso estriba solo ahora,
en que la Reyna ha sabido
de fidedignas personas,
que es Felisardo::- *Felis.* Decid.
Duq De condicion rigurosa.
Felis. Qué mas? *Duq.* No se dice mas.
Felis. Pues á fe::- *Ros.* Señor, reporta.
Felis. Que lo será de tal suerte,
quando tales voces oiga,
que puede al punto Sicilia
tomar las armas. *Ros.* Ahora *ap.*
se pierde, si se descubre.
Duq. No os altereis, que aunque sobran
fuerzas para resistirle,
quando á venir se disponga,
yo os prometo de mi parte
alentar tanto las cosas,
que á mas tarde esta semana
queden firmadas las bodas,
pues á todos está bien.
Felis. Hareisme merced no poca,
Duque, que sabré pagar
por salir de esta congoja:
y á los que de mi Rey dicen
falsedades tan notorias,
decidles, que yo, que soy
aquí su propia persona,
sustentaré cuerpo á cuerpo,
ó de otra, si quieren, forma,
que mienten en lo que han dicho:
mas porque es accion muy propia
de cobardes el venir
siempre en gavilla y en tropa,
decid, que vengan á í,
que para alcanzar victoria
de quadrillas fementidas,
una amenaza, una sombra
de quien la verdad defiende,
es bastante y poderosa.

Vanse Felisardo y Rosardo.

Arnest. Brava arrogancia, por Dios.
Duq. Estos efectos denotan
ser verdad lo que se ha dicho,
porque claramente consta,
que ningun hombre jamas
se enoja ni se apasiona
de aquello que probar puede
solamente con las obras.
Arnest. Es verdad, que da motivo
para sospechas no pocas
haberlo sentido tanto
el Embaxador. *Duq.* No importa,
que primero que á la Reyna
le salga el sí de la boca,
sabrá la verdad muy bien;
pero volviendo á mi historia,
qué os parece el desacato
de Lauro? hubiera persona,
que oyendo tales oprobios,
y escuchando tales cosas,
tuviera cordura, Arnesto?
Arnest. Digo, que razon os sobra;
pero la altivez que tiene

es-

es, porque Laura le adora:
para matarle despues. *ap.*

Duq. Y mas se fia en la honra,
que le hace la Reyna. *Arn.* Es justo,
si le dió la vida. *Duq.* Apoyan
mas de lo que fué el suceso:
pero dexando esto ahora,
vamos á hablar á la Reyna,
para que á hacer se disponga
lo que mejor le estuviere.

Arnest. Por una via ó por otra
ha de ser el casamiento,
Duque, solo á nuestra costa. *Vanse.*

Sale Flora.

Flora. Noche, que con tu manto poderosa,
eres para encubrir rayos lucientes
del claro Febo, á cuya luz desmientes,
miéntras que en el Océano reposa:
Dame tu auxîlio, múestrate piadosa
en socorrer mis pasos diligentes
alque pretendo fin; pues que bien sientes,
q̃ es la q̃ quiero hacer véganza honrosa.
Y pues tú fuiste quien en mi tormenta
á Leonido le diste confianza
para mi deshonra, estame atenta
á la que quiero conseguir bonanza,
que quien ayuda dá para la afrenta,
justo es la dé para tomar venganza.

Sale Clavela. Ya he prevenido, señora,
todo quanto me mandaste;
ya dí tu carta á Leonido,
que con ternezas notables,
como hombre engañado, al fin,
y del suceso ignorante,
le dixo dos mil requiebros,
que á ser las letras capaces
de sentido, pienso yo
trocáran á aquel instante
las razones, por no ver
loar con afectos tales,
á quien solamente tiene
pensamiento de matarle;
y en lugar de que viniese,
dixeran que se ausentase.
En fin, la leyó, y me dixo,
que gustará de esperarte,
por gozar de tí despues
dos mil horas que le mandes.
Vine con esto, y al punto
entró Arnesto, con el arte
y diabólico instrumento
al puesto que señalaste.
Quedé temblando de verle,
y quisiera que mirases
mas bien, señora, primero
lo que se te hace tan fácil.

Flora. Yo no he menester, Clavela,
que me dé consejos nadie,
para lo que á mí me importa;
pues que conoces y sabes
todo el tiempo que he gastado
en buscar por todas partes
un modo por donde pueda
honradamente vengarme.
Y aunque parece dificil,
es en nosotras tan fácil
hallar para una venganza
el modo, camino y arte,
que si alguna no la intenta,
no es porque el saber le falte,
sino por andar buscando
cada dia otra mas grande.
Yo la he hallado; y así
no tienes que aconsejarme,
porque una muger resuelta
en hacer un disparate,
aunque delante se pongan
exércitos y falanges,
dará la vida primero,
que dexe de executarle. *Vanse.*

Sale Leonido.

Leon. Noche, que con tu manto tachonado
de noctibaxas luces, me pareces,
que mirando por brújulas ofreces
dulce ocasion á todo enamorado:
Guia mis torpes pies al regalado (ces
pecho de Laura hermosa; y pues dos ve-
son ya con esta las que favoreces
al ménos en amor afortunado;
humilde te suplíco, que no sea
tan infeliz mi suerte, como quando
de los brazos de Flora salí huyendo:
Aparta tales sombras de mi idea,
miéntras el cielo, que me está esperando,
llego á gozar, porq̃ las voy temiendo.

Sale Martin. No he tenido poca suerte,
pues

pues no he tomado ninguno,
ya que de mi Clavelilla
me voy como vine ayuno.
Vive Dios, que es gran picaña,
pues viendo quan sin barruntos
podiamos esta noche
lograr nuestro amor y gusto,
se ha hecho de la perdída,
y se ha escondido al descuido,
dexándome entre tinieblas
hecho mochuelo ó lechuzo.
En la antesala de Laura
estoy ahora, y barrunto,
que me puede alguno ver
si aquí me detengo mucho.
Yo me voy, porque no quiero
ser causa de algun insulto,
que le cueste á mi señor
honra ó vida ó todo junto.
El queda ahora con Laura,
á la luz de dos carbunclos,
gozando de sus amores,
sí bien, muy castos y puros.
Mas ay de mí! en aquel lado
me parece que hay un bulto,
si no es que con las vislumbres
de la lánpara lo indujo
mi vista, la qual está
tan perdida ya del susto,
que ahora se me hacen ciento
donde ví denantes uno.
No sé qué tengo de hacer,
porque si es que me aventuro
á pasar por junto de él,
aunque sea un zambo ó zurdo,
á palos ha de enviarme
á cenar al otro mundo.
Si vuelvo á entrarme, es peor,
porque todos de consuno,
los de adentro y los de afuera,
me han de dexar en los puros:
temblando estoy como azogue.
Leon. Con mil de mi honor impulsos,
con dos mil de Laura zelos
estoy luchando confuso,
viendo que ha salido un hombre
de su quarto: el pecho adusto
de cólera é ira vá
aumentándome por puntos
fuerzas, para que esta noche
sea de los dos verdugo,
si ratifico mi agravio,
y es verdad lo que barrunto.
Este, sin duda, es el Duque,
porque á este puesto ninguno,
si no es él, viniera á darme
los que ya padezco y sufro
zelos, que se han de volver
en tal detrimento suyo,
que como yo de amor, puede
tenerlos ya él de difunto.
Y si está Laura ocupada,
que por imposible juzgo,
vive Dios, que ha de probar
tambien los filos agudos
de mi estoque, por las bocas
que le abriré, porque el gusto
que ella tuvo en deshonrarme,
me le dé su sangre en triunfo:
mas dexando dilaciones,
yo llego. *Mart.* Por San Panuncio,
que se acerca á mí: ya es fuerza
mostarme un poco robusto,
sacar la espada arrogante,
echar tres ó quatro rumbos,
y fingirme Duque ó Conde,
que me viene bien á punto
ahora, porque ya huelo
mas que almizcle y calabunco:
pero quiero adelantarme.
Quién vá allá? *Leon.* Eso pregunto.
Mart. No lo he oído hasta ahora.
Leon. Oídlo pues. *Mart.* Oste puto:
el diablo me metió aquí.
Leon. Qué decís? *Mart.* Que estais sañudo:
pues no echais de ver que soy
el Duque Uberto? *Leon.* Qué escucho!
mi deshonra: pues qué aguardo,
que vengarla no procuro?
Ea, valeroso brazo,
dad á conocer al mundo,
que soy Leonido, y que soy
quien para tales insultos
no ha menester otra ayuda,
ni delante mí otro muro,
ni mas armas que esta espada,

ni mas que mi pecho escudo;
porque quien lleva delante
la razon, vá tan robusto,
que en falanges de enemigos
se puede arrojar seguro.

Mart. Segun se ha alterado, mas
que el propio Duque es presumo,
y el modo para matarme
está inquiriendo confuso.
Negros pañales mi madre
me vistió, tristes arrullos
me hizo, y negros gorgeos
los que yo hice en brazos suyos.

Leon. No hay que aguardar mas: Duque,
pues que á los Cielos les plugo,
que os topase en este puesto,
veníos para mí al punto,
probareis de aqueste brazo
el mas valiente, que puso
valor la naturaleza
con el soberano impulso.

Vá retirándose Martin, y Leonido le sigue.

Lauro soy, no os retireis,
porque si me acerco mucho,
soy fuego, y os dexaré
convertido todo en humo.

Mart. Hablara yo para ogaño,
que estoy ya casi difunto:
señor, yo soy Martinico.

Leon. Pues, infame, quien te trujo
aquí dentro? *Mart.* Quedo, quedo,
no te llegues, porque juzgo,
que no te he de oler muy bien,
porque estoy::- *Leon.* Que aquesto sufro!

Mart. Señor, como con Clavela
ando continuo en dibujos,
y en mis dares y tomares,
y en puntos y contra puntos,
la quise esta noche hablar,
pensando venia seguro
de tí, como te juzgaba
de la hermosa Laura junto;
y habiendo::- *Leon.* No digas mas:
vete de aquí, que te juro,
que me has dado pesadumbre.

Mart. Y tú á mí miedo muy mucho:
te he de esperar? *Leon.* Aqui fuera,
que está un poco mas obscuro,
estarás, ó sino vete,
no acierte á toparte alguno.

Mart. Las diez conté quando vine;
entrar puedes. *Leon.* Vete al punto,
que yo sé lo que he de hacer.

Mart. Por servirte me haré mudo,
y plegue á Dios, que me dé
cien azotes un verdugo,
si por sesenta Clavelas
otra vez me hiciere buho. *Vase.*

Leon. Que en este puesto aguardase
me escribió mi Laura hermosa,
diciendo, no me enfadase,
por ser contingente cosa
que la Reyna la ocupase.
Dos horas ha que la espero,
de su palabra fiado,
y como tanto la quiero,
no solo no me da enfado,
mas por esperarla muero;
porque quando alguno aguarda
una gloria muy subida,
de esperar no se acobarda;
porque es mas apetecida,
miéntras mas en venir tarda.
Fuera de que es bien tomar
un grande placer con tiento,
porque acontece matar
un repentino contento
á veces mas que un pesar.
Mas ay de mí! qué dolor
en este punto me ha dado!
cubierto estoy de un sudor
tan frio, que me ha dexado
sin fuerzas y sin vigor. *Siéntase.*
Ay Laura! qué triste hora
es esta en que me has llamado,
aunque el dolor que en mí mora,
solo es de haberme acordado
en este punto de Flora:
que aunque soy robusto y fuerte,
y de ordinario la alabo,
viene á dexarme de suerte
pensar en ella, que al cabo
pienso, que me ha de dar muerte.

Queda dormido, y salen Flora con una carta, Arnesto con una escopeta y Clavela.

Flora. Ya creo que se ha dormido,
aguar-

aguárdame en esta puerta,
y hasta que yo avise, Arnesto,
no dispares la escopeta.
Sabes lo que te he advertido?
Arnest. Aunque no me lo advirtieras,
no me atreviera á hacer mas.
Flora. Pues Clavela no lo sepa
hasta el fin. *Arnest.* Así lo haremos.
Flora. Quiero con esto, que entienda
el mundo la traza y modo
con que una muger se venga.
Clav. Señora, mira, por Dios::-
Flora. No me canses mas, Clavela,
basta que te he dicho ya,
que quedarás muy contenta
de lo que yo hiciere ahora.
Arnest. Dexala no la detengas.
Llega pues. *Flora.* Tened silencio.
Llega Flora á donde está Leonido, y le dexa la Carta, y quedan Arnesto y Clavela á la puerta.
Arnest. Si en esta ocasion dispierta,
se ha de hallar perdída Flora,
aunque son tales sus tretas,
que sabrá salir de todo.
Clav. No haya miedo que se pierda.
Arnest. Con todo vá temerosa.
Clav. El tener temor es fuerza
en lance tan apretado.
Arnest. Ya viene. *Flora.* Dispara, y entra
tras mí al punto.
Dispara Arnesto la escopeta, y vanse todos, y Leonido se levanta asustado.
Leon. Quién vá allá?
qué traicion é infamia es esta?
Nadie hay aquí: pero quién
esta carta me ha dexado?
que segun me da cuidado,
no me pronostica bien,
ni el modo con que la han dado;
porque ó bien quiso matarme
quien el tiro disparó,
ó bien quiso dispertarme,
y esta carta me dexó
para algun consejo darme.
Suframos temores tales
á solas, porque mi suerte
me los da tan desiguales,
que no hay que temer la muerte
quien puede sufrir los males.
Y así, yo quiero leer
signándome con la Cruz
esta carta, para ver,
pues en la lámpara hay luz,
lo que me mandan hacer.
Acercase á una lámpara, que habrá á un lado.
Dice el sobre-escrito así:
Lee. Si tratas de amores mas,
abreme, que solo en mí
el desengaño hallarás
de lo que te importa á tí.
Rep. Si no es bastante ocasion
esta para quedar muerto,
juzgue la propia razon,
pues quanto miro dispierto
señales de muerte son.
Válgame Dios! quién será
el que me dió este papel?
qué es lo que decir querrá?
pues solo en verme con él
dos mil angustias me dá?
Y tengo tan oprimido
el corazon en el pecho,
que con haber ya leído,
que está dentro mi provecho,
las manos me ha entorpecido
de tal manera, que quando
me determino á le abrir,
están de temor temblando,
que parecen impedir
lo que estoy ya deseando.
Pero qué bien puedo hallar
en quien me manda apartar
de los de mi Laura amores,
sino penas y dolores,
rabia, desdicha y pesar?
Salgamos pues de cuidado,
que es baxeza andar así.
Abre la carta, en la que estará pintada la muerte, con el rotulo: Yo soy Leonido.
Mas quién está aquí pintado?
Lee. Yo soy Leonido: ay de mí!
que me ha muerto mi pecado.

Al leer el rotulo, da una gran voz, y cae amortecido; y sale la Reyna á medio vestir con una espada en la mano y en la otra una luz.

Reyna. Por aquí sonó la voz,
y por esta misma parte
dispararon la pistola,
que me despertó denantes.

Salen por el otro lado Flora, Arnesto y Clavela de prisa.

Flora. Sal, Arnesto, sal, Clavela,
que esta voz es de mi amante,
y pienso que me lo han muerto,
para á mí tambien matarme.
Reyna. Posible es, que en mi Palacio
se haga traicion tan grande?
Flora. Prima, señora, pues tú
sola y de esta suerte sales?
Reyna. Si, Laura, porque me importa
saber quien aquesto hace,
casi en mi propio aposento,
casi en mis propios umbrales.
Arnest. Aquí está Lauro tendido.

Lleganse todos á verle.

Flora. Qué dices? *Reyna.* Hay semejante
desdicha! *Flora.* Ay Lauro querido!
ay dulce esposo! ay mi amante!
Reyna. Ea, Laura, no des voces.
Arn. No está muerto. *Reyna.* Levantadle,
que algun desmayo será.
Flora. Bien temia yo estos males,
bien temia estos sucesos,
bien temia estos pesares.
Clav. Quién vió fingimiento igual! *ap.*
Reyna. Ya te he mandado que calles.

Levantan á Leonido, y vuelve en sí, mirando á todos.

Arn. Ha Lauro? Lauro? *Flora.* Bien mio?
Reyna. Ya vuelve. *Clav.* Los ojos abre.
Arnest. Ya está en sí.
Reyna. Lauro, qué es esto?
Flora. No me hablas, Lauro?
Leon. Ay Angel!
Reyna. Te han herido? *Leon.* No señora,
aunque está de parte á parte
pasado mi corazon.
Reyna. Pues dí cómo? *Leon.* Que me place,
Reyna y señora, yo soy
quien tú solamente sabes,
y en este papel ver puedes,
si de ello estás ignorante.

Enseña á la Reyna la carta, y admíranse todos.

Yo soy, señora, en amores
el hombre mas miserable,
que crió naturaleza
del globo en las quatro partes.
Bien sabes lo que te dixe
en mi Quinta aquella tarde,
que te perdiste cazando,
y yo solo pude hallarte;
pues dexando aquello, ya
que por tus mercedes grandes
merecí servir á Laura,
y pretenderla galante:
quiso el Cielo aquesta noche,
con espantosos señales,
con prodigiosos portentos,
con enigmas espantables,
declararme por indigno
de su hermosura, que sabe
poner límites el Cielo
tambien en las calidades,
que siendo Laura un sol bello,
es bien que otro le acompañe;
y pues es Angel, es justo,
que la acompañe otro Angel.
Y porque no esté protervo,
como es comun en amantes
padecer por lo que adoran
quantos les vienen desastres,
me amenaza con la muerte,
golpe en que no puede hallarse
corazon tan atrevido,
que se atreva á repararle.
El papel está muy claro,
el entendimiento fácil,
la amenaza rigurosa,
el aspacto formidable:
por lo qual, con tu licencia
me voy dó no sepa nadie,
que tienes hombre contigo,
que es pronóstico de males,
que aunque Laura me lastíma,
y siento que has de enojarte,
dá mucho miedo la muerte,

y así podreis perdonarme.

Vase huyendo, quedandose la Reyna con la carta.

Flora. Ha Lauro? Lauro? *Reyna.* Seguidle,
y en nombre mio, mandadle
que no salga de Palacio.

Vanse Arnesto y Clavela.

Flora. Ven tambien. *Reyna.* Por agradarte
iré, Laura, y porque quiero,
que se averigüe y declare
el inventor de este engaño,
que pienso es el Duque, ántes
que amanezca el dia. *Vase.*

Flora. Es justo.
Todas estas cosas hace
una muger que procura
honradamente vengarse. *Vase.*

Sale Felisardo.

Felis. Cansado de esperar sin esperanza,
y por solo esperar algo paciente,
neutral el bien, y el mal casi presente,
padezco de Clenarda la pujanza.
Adoro en ella, y su hermosura alcanza
tanto en mi corazon, que el accidente
de mi mal natural, en el luciente
de su rostro Zenit, halla bonanza.
Mas no es efecto grande, que dos soles
á hacer Zona á Noruega son bastantes,
quanto y mas á abrasar el pecho mio.
Y aunq̃ alumbran, sirviendo de faroles
á mis intentos, en buscarla errantes,
de merecer su mano desconfio.

Sale Rosardo. En este punto, señor,
dos nuevas he recibido,
que en venir á un tiempo han sido
mucha dicha y gran favor.
Es la una, que ha mandado
hoy la Reyna darte audiencia,
porque quede en su presencia
este negocio acabado.
Y la otra, que la gente,
que enviaste á apercibir
está ya para partir,
y vendrá muy brevemente.

Felis. Albricias te hubiera dado,
Rosardo, si las pidieras,
pues con otras no pudieras
nuevas haberme alegrado:
porque quando mas no fuera,
sino la Reyna llamarme,
bastaba para quitarme
quanta tristeza tuviera.

Ros. Yo fio, que has de tener
buen fin en tu casamiento.

Felis. Del que cobraré contento
vendré el juicio á perder;
mas tan desgraciado soy,
Rosardo, en lo que pretendo,
que aunque el bien propio esté viendo,
siempre temeroso estoy.
Por lo qual quiero tener
mi gente cerca de aquí,
para si acaso por mí
no quiere ser mi muger,
lo sea por el temor
de la que propondré guerra,
que Francia é Inglaterra
sé que me darán favor.
Y pues me han puesto el furioso,
mostrarlo será razon,
si en la presente ocasion
no me admite por esposo.

Ros. Tu Magestad se reporte
miéntras estemos aquí

Felis. No importa, que para mí
es poco toda esta Corte.

Ros. Eso es arriesgar tu vida.

Felis. Ganar será la perder,
porque siendo por muger,
es ganada y no perdída. *Vanse.*

Salen la Reyna y el Duque Uberto.

Duq. Ya, señora, estoy aquí,
dime ahora lo que mandas.

Reyna. Cierra esa puerta primero,
y dame la llave.

Cierra el Duque y dale la llave á la Reyna.

Duq. El alma *ap.*
tengo llena de temores,
sin saber niguna causa
por donde pueda tenerlos.
Ya, señora, está cerrada;
esta es la llave. *Reyna.* Ahora pues,
quiero que en pocas palabras,
sin arengas ni rodeos,
sin embustes ni patrañas,
una verdad me confieses,

porque solo en confesarla
estriva, Duque, tu vida,
tu grandeza y tu privanza.
Duque. Señora, dí lo que quieres,
que por la cruz de esta espada,
y por la que de mis padres
sangre heredo ilustre y clara,
te prometo de decir
la verdad, en todas quantas
preguntas hacer quisieres,
aunque en ello aventurara
la honra, la hacienda y vida,
y si tuviera::- *Reyna.* Eso basta:
Enseñale la carta donde está pintada la muerte.
no paseis mas adelante,
si no mirad esta carta,
este diseño, este enigma,
y esta muerte aquí pintada;
y decid si la habeis hecho,
porque Lauro dexe á Laura,
llenado de este temor,
forzado de esta amenaza,
para con mas libertad
vos, Duque, galantearla.
Parece que os espantais,
y que ya con las mudanzas
del gesto, me estais diciendo,
que os disponeis á negarla.
Pues mirad bien lo que haceis,
que el color del rostro os falta,
señal dó se manifiesta
la culpa que hay en el alma.
Mirad, Duque, que tambien
tengo secretas probanzas,
que si del todo no os culpan,
para condenaros bastan.
Mirad, que tambien me consta,
que habeis tenido travadas
con Lauro muchas pendencias,
solo porque dexe á Laura.
Mirad, que tambien me han dicho,
que le armabais asechanzas
á su vida, quando fué
por mi Embaxador á Francia.
Todos los quales indicios
abiertamente declaran,
que habeis sido el inventor
de esta diabólica traza;
y así, si la confesais,
ademas de perdonarla,
por mi vida, Duque, os juro
de no descubrir palabra,
si necesidad no hubiere:
y si la venganza empacha
vuestro corazon, mirad,
que á puerta estamos cerrada,
y aunque os oiga yo, no importa,
pues nunca os daré en la cara
con ella, segun pondré
gran cuidado en olvidarla.
Pero si acaso rebelde
me la negais, y en vos halla
mas lugar el pundonor,
mas asiento la arrogancia,
habeis de ir desde aquí preso
á donde os saquen mañana
á cortaros la cabeza
en una pública plaza.
Duq. Quién vió confusion mayor! *ap.*
quién vió tales amenazas
en quien de delito y culpa
un rasgo apénas se halla!
Libre estoy y temo mucho,
que una muger enojada,
ademas si es poderosa,
al mas valiente acobarda.
Si niego, me ha de prender,
si digo verdad, me mata;
que aunque la verdad no quiebra,
tanto á veces se adelgaza,
que viene á morir aquel
á quien la traicion levantan,
primero que se averigüe,
que fué falsedad ó infamia:
fuera de que me recelo,
que ha sido de Laura traza,
porque me quiten la vida;
y así, pues averiguarla
podré la verdad despues,
en esta ocasion me valga
la mentira, porque á veces
es provechosa, aunque mala.
Reyna. Qué estás diciendo entre tí?
qué piensas? por qué no hablas?
Duq. Qué tengo de hablar, señora?
sino

sino postrado á tus plantas
pedir perdon de mis culpas,
pedir perdon de mis faltas,
dando solo por descargo
ser por amores, que bastan
para que el hombre mas cuerdo
haga estas cosas. *Reyna.* Levanta,
que me has dado mucho gusto
en saber que fuiste causa
de tan ingenioso ardid.
Yo cumpliré la palabra,
que te he dado; mas te advierto,
que pues sabes que se llama
Leonido, jamas le nombres,
porque importa así, y á Laura
voy á consolar con esto.
Duq. Otra vez beso tus plantas.
Reyna. Llamadme al Embaxador,
que me dicen que se enfada
de esperar tanto. *Vase.*
Duq. Iré al punto:
hay invencion mas extraña!
que es Leonido dice, quando
solo que Lauro se llama
he podido conocer:
pero en esto hay encerrada
alguna cosa que importa;
y pues no me vá á mí nada,
callaré, pues me condeno
yo mismo por una carta. *Vase.*

Salen Flora y Clavela.

Clav. Señora, qué gusto tienes
de tantas penas le dar,
si al cabo le has de matar?
Flora. Muy necia, Clavela, vienes;
verle penar son mis bienes,
verle triste mis contentos,
porque no fueran tormentos,
ni ménos venganza fuera,
si de una vez pretendiera
dar fin á mis pensamientos,
porque aunque quitar la vida
es el tormento mayor,
si no precede dolor,
es mucho ménos sentida:
de la suerte que una herida
que llega hasta el corazon,
mata, mas no hay la pasion
que hubiera sino llegara,
y hasta dar muerte causara
dolor, pena y afliccion.
Así yo, Clavela, quiero
no matarle de repente,
sino que sienta impaciente
estas angustias primero.
Clav. Corazon tienes severo:
mas él viene aquí. *Flora.* Fingir
me importa ahora, y sentir
su tristeza.

Salen Leonido y Martin.

Mart. Esto es curar,
si no te quieres alegrar,
no hay sino echarte á morir.
Leon. Ya me tienes enfadado.
Mart. Y tú me tienes podrido.
Flora. Seas, Lauro, bien venido.
Leon. No podré ser mal llegado,
acogiéndome al sagrado
del cielo de tu hermosura,
aunque no con la ventura,
que hasta aquí merecí verte,
pues no ménos que la muerte
guardarte de mí procura.
Y es, Laura, mucha razon,
que esos ojos soberanos,
esas rosas, esas manos,
solo dignas de un Rey son:
Quisiera pedir perdon
de los que te he hecho estos dias
galanteos y alegrias,
aunque no he tenido culpa,
pues me basta por disculpa,
que tú tambien me querias.
Flora. No me des, Lauro, mas penas,
si no me quieres matar. *Llora.*
Clav. Bien sabe disimular. *ap.*
Leon. No riegues las azucenas
con agua de las serenas
luces de tu cielo hermoso,
que quando no sea tu esposo,
otro no te ha de faltar,
que te merezca gozar,
mas galante y mas dichoso.

Sale la Reyna.

Reyna. O Lauro? ó Laura? qué tienes?
por qué lloras? *Flora.* Porque el Cielo
quie-

quiere darme estos dolores
y disgustos. *Reyna.* Ya lo entiendo,
no tienes que tener pena:
oyeme, Lauro.
Hablan la Reyna y Leonido aparte.
Mart. Oye un cuento,
que viene de esta tristeza
de mi señor muy á pelo.
Clav. Como tuyo vendrá á ser.
Mart. Llevó á cierto Monasterio
á vender un Labrador
unos pollos y unos huevos,
y en habiéndole ya dado
la paga y el justo precio,
de gratis le quiso dar
de comer el Cocinero.
Metióle en el Refectorio,
y en habiéndole ya puesto
de comer, salió y cerró,
dexándosele allá dentro.
Pues como viese pintada
enfrente sus ojos mesmos
una muerte en la pared,
con el bocado primero
se levantó de la mesa
dando voces; acudieron
al punto todos los Frayles,
pasmados de oir el estruendo,
y preguntando la causa,
les respondió macilento:
Padres, sáquenme de aquí,
porque juro á ños, que pienso,
que todas sus Reverencias
tragan muertos como heno,
pues con ella aquí delante
aciertan á estár comiendo.
Clav. Lindo boho, lindo bobo.
Leon. Tus pies, gran señora, beso
por beneficios tan grandes.
Reyna. Mira que guardes secreto,
que he empeñado mi palabra.
Leon. Verás, señora, primero
desencajarse los exes,
que sustentan esos Cielos,
que lo que me has dicho salga
del archivo de mi pecho.
Reyna. Dexa ya, Laura, el dolor,
y conviertele en contento.
Leon. Y de haber sido yo causa
humildemente te ruego
me des perdon, pues Dios sabe,
que no fué falta de afecto,
sino fuerza de un engaño.
Flora. Levanta, Lauro, del suelo,
que con esto me das vida,
para hacerte penar presto. *ap.*
Mart. El Embaxador. *Leon.* Qué dices?
Mart. Que está el Embaxador dentro.
Flora. Brava presencia. *Reyna.* Llegad
sillas, que escucharle quiero.
Salen Felisardo, Rosardo, el Duque y Arnesto.
Felis. Deme vuestra Magestad
su mano (temblando llego.) *ap.*
Reyna. Alzad, noble Embaxador,
y cubríos al momento
y sentaos. *Felis.* De tal mano
tales mercedes espero.
Siéntanse la Reyna y el Rey.
Reyna. Quando no fuera por vos,
me era obligacion hacerlo
por el que representais.
Felis. Solo á mí me represento. *ap.*
Reyna. Hanme dicho que andais triste
y mal sufrido, diciendo,
que es mucha dilacion esta,
que muchos melindres tengo,
y en fin, poca voluntad
del tratado casamiento;
y yo, como poco amiga
de que tenga desconsuelo
ninguno por mi ocasion,
os quiero despachar presto,
con lo que ahora os diré;
escuchad y estadme atento.
Felis. Señora, digo, que todo
es verdad, yo lo confieso,
porque haberme detenido
en la Corte mes y medio,
quando os traigo por esposo
á quien merece bien serlo
de la Emperatriz, y no
pienso que me alargo en esto;
parece que es despreciar
á mi Rey siendo tan bueno,
y mejor que quantos pueden
pediros y pretenderos;

que basta ser Felisardo
Rey de Ungría. *Reyna.* Detenéos,
y no os alboroteis tanto,
porque quien tiene mal pleyto,
dicen que lo mete á voces.
Felis. Mirad mejor::-*Reyna.* Muy soberbio
sois de condicion. *Ros.* Aquí *ap.*
pienso que hemos de perdernos.
Reyna. Mas paciencia ha menester
quien pretende; y así quiero,
por no daros mas enfado,
que os partais hoy, porque habiendo
mirado este caso bien
con todos mis Consejeros,
hallan que no me conviene,
porque es el Rey::-*Felis.* Ya lo entiendo,
por haberlo ántes oido;
y para probar que es yerro
lo que traidores me imputan,
yo soy Felisardo mesmo
Rey de Ungría. *Levántanse todos.*
Mart. Cata el diablo. *ap.*
Reyna. Su Magestad encubierto
tantos dias? *Felis.* Vuestro amor,
Clenarda hermosa, lo ha hecho:
mirad si es verdad ahora
lo que con tantos rodéos,
por tantas cifras y modos
de mí os han dicho y propuesto.
Que si soy bravo, tambien
á veces soy tan modesto,
que os espantareis de verme;
pero porque ya no es tiempo
de dilaciones, si acaso
gustais ser mi esposa, al Cielo
pongo solo por testigo
de amaros tanto y quereros,
que esté mi voluntad siempre
humillada al gusto vuestro:
y si no quereis así,
apercibios al momento
á sufrir de mi rigor
los impulsos mas severos,
guerras, muertes y desdichas,
injurias y menosprecios,
porque con doce mil hombres,
que me aguardan ya en el Puerto,
no he de dexaros Ciudad
que no la abrase, ni Pueblo
que no quede destruido
hasta los propios cimientos,
y entónces vereis mejor,
si soy riguroso y fiero.
Reyna. Felisardo, ahora estoy
mas firme y fixa en mi intento,
porque quien viene á traicion,
nombre y persona encubriendo,
á casarse, es cierto, que
ó trae malos pensamientos,
ó da muestras de tener
muchas faltas y defectos.
No quiero casarme, no,
que á los que aquí me haceis retos,
sabrán responder las armas
de los vasallos que tengo;
y si acaso no bastaren,
yo saldré tambien con ellos,
que aunque muger, tengo brio,
y aunque Reyna, no reservo
mi persona en tales casos.
Felis. Pues yo me parto con esto,
y á los filos de mi espada,
á los golpes de mi acero,
id apercibiendo vidas.
Ros. No fué vano mi recelo. *ap.*
Reyna. Salios de mi Reyno al punto.
Felis. Ya me salgo; pero presto,
aunque os pese, volveré.
Vanse el Rey y Rosardo.
Reyna. Yo os lo impediré primero.
Duq. Muriendo estoy por salir.
Leon Por salir tras él rebiento.
Reyna. Sosegaos, no os altereis;
nadie salga de este puesto.
Duq. Señora::-*Reyna.* Haced lo que os digo.
Leon. Pues es razon::-*Reyna.* Estaos quedo.
Mart. No hayas miedo que yo salga,
mi Clavela. *Clav.* Yo lo creo.
Arnest. Cosa que elijan á Lauro
para esta guerra. *A Flora.*
Flora. Eso, Arnesto,
será grande dicha mia.
Arn. Pues por qué? *Flora.* Por un enredo,
que le tengo ya trazado.
Mart. Yo salgo por cumplimiento:
iré yo, señora? *Rèyna.* No.

Mart. Pues ni yo tampoco quiero, *ap.*
porque de sola una espada
que vea desnuda tiemblo.
Reyna. Lauro, en aquesta ocasion
de tu prudencia y esfuerzo
solamente he de fiarme;
y así quiero, que al momento
salgas por mi General,
á hacer que no tome puerto
en mi tierra Felisardo.
Leon. Dos mil veces tus pies beso.
Duq. Ya es este, señora, agravio
conocido. *Reyna.* Duque Uberto,
si os dexo aquí, solo es,
porque mireis por mi Reyno
como siempre. *Duq.* Estimo en mucho
tanto favor. *Flora.* Mis deseos *ap.*
se han cumplido; mas me importa
hacer como que lo siento.
Reyna. Arnesto irá á acompañar
á Lauro. *Leon.* Yo lo agradezco.
Arnest. Beso, señora, tus pies.
Flora. Yo sin Lauro buena quedo.
Reyna. Laura, por tí me ha pesado,
mas nos importa mas esto.
Vanse la Reyna, el Duque y Arnesto.
Leon. Laura mia, queda á Dios.
Flora. El, Lauro, te traiga bueno.
Leon. Para ser tu humilde esclavo.
Flora. No sino mi dulce dueño.
Leon. Soy indigno de tal gloria.
Flora. Para tí es pequeño premio.
Leon. Ay Laura, y cómo me parto!
Flora. Ay Lauro, cómo me quedo!
Leon. Privado de tus favores::-
Flora. Ausente de tus requiebros::-
Leon. Sin tus ojos que me alumbran::-
Flora. Sin los tuyos con que veo::-
Leon. Yo voy cercado de angustias.
Flora. Yo quedo con mil tormentos.
Leon. Yo parto, Laura, penando.
Flora. Yo quedo, Lauro, muriendo.
Vase cada uno por su puerta.
Clav. No puede haber en muger *ap.*
tal ánimo y fingimiento.
Mart Clavela, con mas verdad,
que mi señor, decir puedo,
que voy de bellaca gana.
Clav Será por causa de miedo,
y no por amor, Martin.
Mart. Clavela, yo lo confieso,
mas es fuerza el ir; y así,
de tí despedirme quiero:
á Dios, Clavela del alma.
Clav. A Dios, imán de mi pecho.
Mart. A Dios, clavellina hermosa.
Clav. A Dios, regalado dueño.
Mart A Dios, que voy á morir.
Clav. A Dios, que á morir me quedo.
Mart. A Dios, que me voy finando.
Clav. A Dios, que quedo muriendo.

JORNADA TERCERA.

Salen Flora y Clavela.

Flora. En fin, nueva ha venido,
que á Felisardo destruyó Leonido,
haciendo de manera,
que aunque traerle preso bien pudiera,
confirmó con él las paces,
forzado de sus ruegos pertinaces?
Clav. Eso se ha divulgado.
Flor. Pues escuha, y verás lo q̃ he penasado.
Tres cartas he fingido
con que le pruebo, que traidor ha sido
á la Reyna, y que intenta
matarla ántes de mucho por su cuenta,
y entregarle al de Ungría
todo el Reyno con suma tiranía,
el qual en recompensa,
le da á su hermana de hermosura inmensa.
Y así, la paz tratada
viene para mi intento acomodada;
porque es fuerza, que crea
la Reyna el caso al punto que las lea,
y por el bien llegado
se le ha de proponer este cuidado,
para perder bastante
toda esperanza el hombre mas gigante.
Ahora solo vengo
á esperar á la Reyna, porque tengo
de fingir para esto,
que á mí me las remite solo Arnesto:
fingiréme turbada,
y en dárselas un poco porfiada.

Anda, vete, que quiero,
que me halle sola.
Clav. En tu aposento espero,
que ya viene. *Vase.*
Flora. En buen hora;
porque como que leo, quiero ahora
ponerme triste, estando
á cada pausa al Cielo levantando
los ojos, y fingiendo
con ademanes lo que estoy sintiendo.
Finge Flora que lee, teniendo abierta la una, y otras dos cerradas, y la Reyna estará al paño.
Reyna. Mucho le debo á Lauro,
porque solo por él mi honor restauro;
y así será bien darle
á Laura el parabien de q̃ he de honrarle:
mas leyendo una carta
está aqui sola, dicha ha sido harta;
un rato escuchar quiero,
sabré lo que escribe aquí primero.
Flora. Ha traidor! *Reyna.* Qué es aquesto?
algun Angel me trajo á aqueste puesto,
para mirar atenta,
de que teniendo carta se lamenta,
porque si está zelosa,
y de Leonido acaso sospechosa,
pueda desengañarla,
y en su tristeza y pena consolarla.
Flora. Plugiera al alto Cielo,
nunca hubieras venido á aqueste suelo;
pero ya que has llegado,
aunq̃ por la de Ungría me has dexado,
he de librarte, triste,
por la que algun tiempo me tuviste
voluntad, de la muerte,
q̃ te ha de dar la Reyna, si esto advierte.
Reyna. Un temor perezoso,
tan frio se desata en lo espacioso
de las que tengo venas,
que apénas llegar puedo, ni aun apénas
la planta alzar del suelo,
porq̃ ha sido á mis pies grillos de yelo,
que impiden apretados
el llegar á saber de mis cuidados:
pero en lo que me importa,
es desatino grande el andar corta:
vaya afuera el temor, lleguen mis pasos
á saber de Leonido los fracasos,
que pues la muerte debe,
sin duda ha sido á mi Corona aleve;
porque causa mudanza
en los mas hombres siempre la privanza.
Sale la Reyna, y Flora se finge turbada, y procura encubrir las cartas.
O Laura? *Flora.* Ha desdichada! *ap.*
Señora mia? *Reyna.* Cómo estás turbada?
Flora. Señora, como vienes::-
Reyn. No te turbes: qué es esto q̃ aqui tienes?
Flora No es nada: (ha desdichado!) *ap.*
Reyn. Darásme si lo encubres grã de enfado:
enséñame esas cartas.
Flor. Solo hay, señora, en ellas penas hartas.
Reyna. Saberlas, Laura, quiero.
Flor. Es q̃ me olvida Lauro, por quien mue-
Reyna. Ya es grande desobediencia: (ro.
muéstralas aquí, y calla.
Flora. Toma, y tén paciencia. *Dáselas.*
Reyna. Estoy muy sospechosa,
que hay contra mí sin duda alguna cosa,
pues tanto te has guardado.
Flor. Lindaméte mi intéto se ha trazado. *ap.*
Lee la Reyna la una carta.
Reyna. Por esta sabrás, señora, como las paces que ha tratado Lauro son fingidas, porque el Rey de Ungría le ha ofrecido á su hermana en casamiento; porque matando á nuestra Reyna le entregará á Sicilia, y él lo ha otorgado, como verás claramente por estas dos cartas, que pude tomar, una del Rey, y otra de Lauro, por las quales yo lo he colegido: avísote, porque veas lo que se ha de hacer. *Arnesto.*
Esto me encubrias, Laura?
Bien se echa de ver, que estimas
en mas la vida de Lauro,
que de mí, que soy tu prima.
Flora. Tiene gran fuerza el amor.
Reyn. Leer quiero estas aprisa,
ántes que el dolor me ahogue,
y me deslumbre la ira.
Lee. Valiente General Lauro, otras dos os tengo escritas, agradeciéndoos el servicio que me habeis hecho en levantar vuestro campo, y prometiendo

en ellas, que os daré á mi hermana por legítima muger, si me entregáreis á Sicilia, aunque sea matando á la Reyna, que es lo que mas deseo: mirad que os está muy bien, y respondedme al punto. *El Rey de Ungría.*
Salga la respuesta infame
de letras tan vengativas.
Flora. Segun se ha enojado, pienso, *ap.*
que le ha de quitar la vida.
Lee la Reyna. Será tanta la gloria, que de V. Mag. recibiré, dándome por esposa á la bella Infanta Isabela, de cuyo amor estoy preso, que solo digo, que pondré al momento por obra lo que por las suyas me ha mandado, matando á la Reyna, y entregándole á V. Magestad toda Sicilia. Solo encargo el secreto, para salir con la empresa. *Lauro.*
Flora. Señora, no hay sino paciencia,
muéstrate un poco benigna
en castigar tal maldad,
tal traicion, porque bien miras,
que me toca á mí gran parte
de pena, y porque no digan,
que pudo en amor perfecto
hallar asiento la envidia,
aunque mejor diré zelos,
cedo mi derecho. *Reyna.* Instigas,
Laura, con esas razones
mas mi cólera y mi ira,
tanto, que de la traicion
parece que participas.
Tú dices, que dexe vivo
á quien quitarme la vida
pretende? viven los Cielos,
que ha de conocer Sicilia,
que como tiranos Reyes,
tiene Reynas vengativas.
Yo averiguaré primero,
y oiré de su boca misma,
que son suyas estas letras,
y de su mano esta firma;
que no son tan sin razon,
que por un indicio habia
de dar muerte á un General,
y mas á quien tanto estimas.

Sale el Duque.

Duq. Si llego á tiempo, señora,
de ganar estas albricias,
humildemente las pido,
pues Lauro está ya en Mecina.
Reyna. Duque Uberto, yo os las mando,
aunque por diversa via
de lo que vos las pedís:
haced que no le reciban
ni le acompañen. *Duq.* Qué es esto? *ap.*
tal mudanza en solo un dia!
Flora. Ay de mí! *Reyna.* Laura, paciencia:
óyeme, Duque. *Duq.* Rendida
está mi atencion, señora,
á vuestras plantas.
Habla aparte la Reyna con el Duque.
Flora. Aprisa *ap.*
se ván concertando bien
de mi venganza las dichas;
porque tan perfectamente
está contrahecha la firma,
que él propio, quando la vea,
no ha de osar contradecirla.
Duq. De todo advertido quedo.
Reyna. Mirad, que esté apercibida
la guarda. *Tocan una caxa.*
Duq. El ha llegado.
Reyna. A ver su propia desdicha.
Tocan caxas, y salen Arnesto, Martin y Leonido detrás con baston de General.
Leon. De este modo me reciben; *ap.*
con tal semblante me miran,
quando del Rey Felisardo
dexo las fuerzas rendidas?
paciencia, Cielos. *Mart.* Por Christo,
que tenemos lagrimitas.
Arnest. Sin duda ha trazado Flora *ap.*
lo que me escribió estos dias.
Leon. Alta y soberana Reyna,
á quien el Cielo nos guarde
contenta, próspera y rica
por muchos siglos y edades.
Con quarenta y dos baxeles
partí de aquí, como sabes,
solo á defender tu Reyno,
y hacer lo que me mandaste.
Salí pues al punto, y quando
la mañana entre azahares

li-

libraba las que vertió
lágrimas la Aurora ántes.
Tan contento, tan ayroso,
tan bizarro, y tan galante,
que no hubo Dama en Mecina,
que de verme no se holgase.
Y como fuí de mañana,
para venir se ha hecho tarde,
segun me recibes hoy
con tan airado semblante,
con tan poca ostentacion:
pero dexando esto aparte,
digo, que surqué los campos
de plata tan arrogante,
que todos los espolones
de quantas llevaba naves,
iban arrollando aljofar
entre líquidos cristales.
Navegué casi tres dias,
yéndole siempre al alcance
á Felisardo, que apénas
tuvo indicios y señales
de tu Armada, quando al punto
huyó aprisa á incorporarse
con las que el Inglés Galeras
traía para ayudarle:
mas me dí tal diligencia,
que ántes que á cumplir llegase
sus fraudulosos intentos,
le alcancé, y viendo que fácil
me habia de ser la victoria,
dexó que me asegurase
aquella noche, y huyendo
(accion propia de cobardes)
se fué la vuelta de Ungrías
yo lleno de mil pesares,
caminé en su seguimiento,
y ántes de desembarcarse,
con tal fuerza le embestí,
que mas de la tercia parte
de la Armada le eché á fondo,
dexando tintas en sangre
las aguas, que parecieron
nieve, y aljofares ántes
de mas de quatro mil hombres,
que sorbió el salado estanque.
Perdido pues Felisardo,
salió aprisa á reformarse,
pidiendo á Francia favor,
á Inglaterra y á Flándes.
Yo que detenido allí
mas de un mes, sin que estorbasen
las procelas mis intentos,
ni á mi corazon la hambre,
estaba buscando arbitrios
para no venir á darte
triunfo del pleyto indeciso,
gloria de bienes neutrales:
como viese junto á mí
los encendidos fanales
del Inglés, que se acercaba
ambicioso y arrogante,
hice lo que te diré:
y quando no me premiases
otra accion, señora mia,
fuera de haber hecho paces,
que por muchos años logres::-

Reyna. No paseis mas adelante.

Leon Señora::- *Reyna.* Bueno está, digo.

Leon. Dexad, dexad que relate
los que os tengo hechos servicios,
bien á costa de mi sangre;
porque si acaso la envidia,
que se alimenta del áspid,
contra mí ha propuesto algunas,
como suele, falsedades,
podais de ellos colegir
la verdad, porque deshacen
á veces buenos servicios,
quantas puede obscuridades
objetar una traidora
lengua; no, no con semblante
tan severo recibais::-

Reyna. Ya he dicho que no me canses.

Leon. Obedezco.

Mart. Aquí anda el diablo, *ap.*
que como es tan buen danzante,
ordena siempre estas danzas.

Reyna. Salios todos fuera. *Flora.* Basten
mis ruegos, prima y señora.

Reyna. Vete, Laura, y no me hables.

Vase el Duque, Arnesto, Flora y Clavela.

Leon. Rebentando estoy de pena *ap.*
de ver tales novedades.

Mart. Me he de ir yo tambien?

Reyna. Por qué

lo preguntas? *Mart.* Porque en parte
soy el cuerpo de mi amo,
y no sé si sabrá hallarse
en esta ocasion sin mí.

Reyna. Andad, que si estais culpante,
pagareis vos como cuerpo
lo que él como alma pagare.

Mart. Algun diablo me hizo hablar. *Vase.*

Cierra la puerta la Reyna.

Leon. La puerta cierra, pues darle *ap.*
no pienso, por Dios, la espada,
hasta que aquí me declare
la causa de estos rigores.

Reyn. Ya estamos solos. *Leon.* Que acabes
estoy, señora, esperando
de quitarme penas tales.

Enséñale la última carta, y al mirarla se turba Leonido.

Reyna. Mirad, Leonido, esa carta,
que ya es razon, que así os hable,
descubriendo á quien pretende
venderme, herirme y matarme.
Presto os turbais, accion propia,
por la qual se vé bien fácil
la culpa que habeis tenido,
el delito que en vos cabe.
Qué os admirais? responded,
que no es tiempo de admirarse,
quando en las manos teneis
la carta que vos firmasteis.

Leon. Si yo he firmado y escrito
letras tan viles é infames,
Dios lo sabe solamente
y mi lealtad, que es tan grande,
que está corrida de ver,
que haya habido quien la ultraje
con oprobio tan notorio,
y con ficcion semejante.
Digo que es mia esta firma,
mas con distincion notable,
que no ha sido hecha por mí,
cuya prueba será fácil,
si adviertes, señora, y miras,
que hay manos ya de tal arte,
que quantas pretenden firmas,
tan al vivo contrahacen,
que por mucho que escudriñe
y por mucho que repare
el propio á quien representan,
vendrá confundido á hallarse;
y así ahora me hallo yo:
y si no te satisfaces,
ponme preso en una torre,
enciérrame en una cárcel,
hasta que mejor te informes,
que á trueque de que me mates
(tal estoy) daré por bien,
que en mi defensa no halles
tan solamente un indicio.

Reyn. No es ya tiempo de informarme,
si no sea ó no verdad
lo que dices, esta tarde
te mando, que de la Corte
salgas. *Leon.* Yo saldré al instante.

Reyna. De término doy dos horas.

Leon. Plazo riguroso. *Reyna.* Y ántes
de seis dias os salid
de mi Reyno. *Leon.* Que me place.

Reyna. Y pues os dexo la vida,
no llevais la peor parte. *Vase.*

Leon. Quién apetece privanzas?
quién se muere por mandar?
pues quando se piensa hallar
con mas firmes esperanzas,
sin ninguna viene á estar.
Claro está el exemplo en mí,
pues quando triunfando vengo,
por lo que no cometí,
por la culpa que no tengo,
me trata la Reyna así:
porque es de tal calidad
ya una falsa informacion,
que destruye una opinion,
que deslustra la verdad,
y aniquila la razon.

Sale Flora.

Flora. Ay Lauro, Lauro! y quán mal
has pagado mis amores!

Leon. Hermosa Laura, no llores
de verme en miseria tal,
por infames y traidores,
la Reyna los ha creído;
y así, ya voy desterrado,
y tan desgraciado he sido,
que á sus pies arrodillado
convencerla no he podido.

Flora.

Flora. Si has firmado tú que quieres
darle muerte, por casarte
con Isabela. *Leon.* No alteres
mas mi corazon, que en parte
sois pesadas las mugeres.

La Reyna al paño.

Ahora me pides zelos,
quando sabes que me voy?
Ahora me das desvelos,
quando muriendo me estoy,
cercado de desconsuelos?
Quédate, Laura, en buen hora
merezca otro mas galante
los hermosos de tu Aurora
lirios gozar, que constante
te sirva como á señora;
porque yo me parto, donde
paguen servicios mejor;
que yendo con el valor,
que á mi lealtad corresponde,
no me tendrán por traidor;
y podrá ser que algun dia
la Reyna, que de esta suerte
me destierra, del de Ungría
sienta y padezca la muerte,
que ántes de tiempo temia.

Vé Flora á la Reyna, y quiere hacer señas á Leonido, y no puede.

Flora. Mira, que con esto das
muestras de que estás culpado.
Leon Aun quieres apretar mas?
Reyna. Salir tengo de cuidado.
Flora. Mira, Lauro::- *Leon.* Fuerte estás,
digo que las escribí,
estás contenta? *Reyna.* Qué aguardo?
Leon. Que estoy tan fuera de mí,
que de partir por tí tardo,
y quiero morir por tí.
Flora. Mira Lauro::- *Sale la Reyna.*
Reyna Que es aquesto?
Leon. Perdido soy. *ap.*
Flora Consolar
á quien de enojo y pesar
está loco. *Reyna.* Ven, que presto
le tengo de hacer curar.
Flora Cómo, si le has desterrado?
Reyna. Porque ya, Laura, no quiero,
que se vaya. *Leon.* Es escusado,
yo me tengo de ir. *Reyna.* Primero
quiero, que vais consolado.
Flora. Oyeme, señora, advierte::-
todo se me traza bien. *ap.*
Reyna. No hay que advertir.
Flora. de esta suerte
me tratas?

Vanse la Reyna y Flora.

Leon. No sé yo á quien
se hace pesada la muerte,
que si desesperacion
el dármela yo no fuera,
no sé si en esta ocasion
dos mil veces me la diera,
por salir de confusion.
Sin duda alguna, que oyó
lo que le dixe enojado
á Laura, y ha confirmado,
que he escrito la carta yo,
y que matarla he intentado;
si es esto, me ha de prender,
y segun está enojada,
darme muerte ha de querer,
porque no repara en nada
una resuelta muger:
y así, el remedio mejor
es huir; pero tomadas
están las puertas: ya, amor,
soy muerto; ya derribadas
mis fuerzas tiene el dolor;
la sangre el brio ha perdido,
el corazon se me ha elado:
mas pues la culpa has tenido,
y la muerte has deseado,
de quién te quejas, Leonido?

Salen el Duque, Arnesto y Guardas.

Duq. Lauro, sabe el Santo Cielo
lo que siento esta desgracia:
la Reyna manda, que os lleve
preso á la Torre dorada:
dame las armas. *Leon.* Ya, Duque,
conozco vuestras entrañas,
ya vuestro fingido pecho
tengo entendido; y mi espada
tan temida del Inglés,
tan respetada de Francia,
tan acatada de Ungría,
se tendrá por agraviada

de

de venir á manos vuestras;
y sino llegad, tomadla, *Sacala.*
que pues habeis sido quien
ha contrahecho estas cartas,
como quando me fingistes
aquella muerte pintada,
solo á fin de darme muerte
para casaros con Laura;
primero os haré con ella
dos mil puertas, por dó salgan
lenguas de sangre, que escriban
y publiquen vuestra infamia.

Sale la Reyna.

Reyna. Qué voces son estas? *Leon.* Es
mi razon, que está encontrada
con el agravio, y queria
tomar de él aquí venganza.
Duq. Esta resistencia ha hecho,
y me ha negado las armas.
Leon. Señora, armas que han sido
de tres Reyes respetadas,
no se han de dar á un vasallo.
Reyna. Dádmelas á mí. *Leon.* Tomadlas.

Dale la espada á la Reyna.

Reyna. Id ahora preso. *Leon.* Ay triste!
Señora::- *Reyna.* No hableis palabra.
Leon. Mira que estoy::- *Reyna.* Esto importa:
Llevadle, Duque. *Leon.* No bastan
tantos servicios? *Reyna.* Es mucha
tu culpa. *Leon.* Mira que es falsa
la informacion. *Reyna.* No me canses,
que por vida de Clenarda,
que si no hallo otra cosa,
me lo has de pagar mañana. *Vase.*
Duq. Sin duda me echó á perder *ap.*
confesar aquella carta,
pues me han de culpar en esta.
Leon. Vamos pues, que aunque dilatan
hasta mañana mi muerte,
llegar no puedo á mañana. *Vanse.*

Salen Flora y Clavela.

Clav. Señora, ya le han llevado
preso, dime lo que intentas.
Flora. Poner fin á mis afrentas,
poner fin á mi cuidado.
Clav. Qué quieres verle matar?
Flora. Y le he de dar yo la muerte,
porque si no es de esta suerte
no me puedo bien vengar.
Yo propia tengo de ser
su verdugo, pues no fuera
honrosa de otra manera
la venganza que he de hacer.
Clav. Y qué me quieres decir?
Flora. El modo que has de tener,
Clavela, en saber hacer,
lo que te quiero advertir.
Clav. Ya sabes, señora mia,
mi cuidado. *Flora.* Confiada
en eso, Clavela amada,
mi pecho de tí se fia:
y así, yo esta noche quiero
poner á las de Leonido
penas fin, quando dormido
me diga, que está el portero.
Tú en el entretanto irás,
como que sale de tí,
turbada á la Reyna, y dí
lo que bien fingir sabrás.
Le dirás, que yo enojada
y zelosa, he ido á matar
á Lauro, para quedar
primero que ella vengada,
y que tú de compasion
la vas á llamar, y al punto
vente, y de mi cama junto
debaxo del pavellon
un envoltorio hallarás
(mortaja es, no te espante)
con el qual en un instante
á la propia Torre irás;
porque habiendo yo acabado,
puedas entrarte á vestir,
lo que allí va, sin abrir
hasta entónces el candado,
que en la puerta detendré
á la Reyna hasta que acabes.
Clav. Y luego? *Flora.* Ya no lo sabes?
quien soy le descubriré,
y la razon que he tenido
de vengarme. *Clav.* Bien está.
Flora. Vamos volando ahora allá,
que importa fingir.
Clav. Ha habido *ap.*
pecho mas duro? Llamar
tengo á la Reyna primero,

que

que execute el golpe fiero,
por si le puedo librar.

Vanse, y salen Leonido y Martin con prisiones.

Leon. Acaba, Martin, qué dices?
no llores, que me lastimas
mucho mas con tu tardanza.
Mart. Señor, qué quieres que diga,
si están ya haciendo en la plaza,
para quitarte la vida,
un cadahalso, y la Reyna,
sin dar á ninguno oída,
te ha dado ya la sentencia
tan cruel como ella misma
sin que ruegos de mil grandes,
ni lágrimas de su prima
la hayan podido vencer?
Antes mas enfurecida
ha puesto doscientos hombres
mas de guarda, con malicia,
porque no te saque Laura
esta noche: estas desdichas
traigo, señor, que contarte.
Leon. Salid ya, lágrimas mias,
cegad, cegad estos ojos,
que no es bien que tengan vista
para mirar tal portento,
para ver tal injusticia.
Salid, no tengais temor,
regad estas losas frias,
que aunque son de duro marmol,
las ablandareis por dicha.
Yo sin culpa condenado?
Yo degollado en Mecina?
Yo puesto en un cadahalso?
Yo escuchar que voces digan:
Quien tal hace, que tal pague,
quando sé yo que es mentira?
Yo he de sufrir que un verdugo
de los hombros me divida
la cabeza, y que la enseñe
al Pueblo con ignominia,
diciendo, de esta manera
el que es traidor se castiga?
Yo he de ver esto, Martin?
Dent. Flora. Es muy gran descortesia
impedirme á mí la entrada.
Mart. Laura viene.

Salen Flora y Clavela.

Leon. Laura mia,
de esta suerte me defiendes?
de esta manera me libras,
quando sabes mi inocencia?
Clav. Y aun por tenerla sabida *ap.*
es el mal. *Flora.* Lauro ya hago
lo que puedo, aunque mi prima
lo ha certificado tanto
en que de tu boca misma
oyó la condenacion,
que me dixiste con ira,
que á nadie quiere escuchar.
Leon. Pues, Laura, hacer no podias,
que me oiga una palabra?
Flora. No vendrá. *Clav.* Esto temia:
la Reyna, señora. *Flora.* Venga,
que no importa. *Mart.* Ay tal mancilla!

Salen la Reyna, el Duque y Arnesto.

Reyna. Laura, á qué has venido aquí?
Flora. A que me des muerte. *Reyna.* Mira,
que haces muy poco caudal
de mis mandatos; estima
en algo mas mis preceptos.
Leon. Yo he sido, señora mia,
la causa; y pues que ya estás
tan cruel y vengativa,
escúchame un rato atenta.
Reyna. Lauro, ya es tarde. *Leon.* En mi vida
pediré mas. *Reyna.* No hay remedio:
ven, Laura.

Vase poco á poco la Reyna, y Leonido se le va poniendo delante de rodillas.

Leon. Tan vengativa
me tratas? *Reyna.* Tuya es la culpa.
Leon. Oyeme, porque Sicilia
sepa á quien le das la muerte.
Reyna. A un traidor.
Leon. Pues de rodillas
no puedo alcanzar, mi boca
haré que á tus plantas sirva
de rémora, y con el agua,
que mis dos ojos destilan,
formaré aquí un mar, que el paso,
aunque no quieras, te impida.
Reyna. Me ha lastimado, Clavela.

A Clavela aparte.

Duq. Hay tal pena!
Arnest. Hay tal desdicha!
Reyna. No puedo resistir mas. *ap.*
Levanta, que me lastímas,
y lo que quisieres dí.
Arnest. No sé á dó Flora camina. *ap.*
Leon. Heroyca Reyna, yo solo *Levant.*
en esta ocasion pretendo,
aunque no es de nobles, no,
el referir propios hechos,
contarte, pues que me matas
por tan falsos instrumentos,
los servicios que me debes
en el que ha que vine tiempo,
bastantes á que me dieras
perdon, quando fuera cierto,
que yo insidiaba tu vida,
que yo vendia tu Reyno.
Y para no ser mas largo,
sea, señora, el primero
quando me enviaste á Francia
á tratar tu casamiento:
en donde como estuviese
un dia en Palacio oyendo
á mas de veinte Franceses
decir mal de tí, fuí á ellos,
y habiéndolos desmentido,
yo solo y mi fiel acero,
tan buena maña nos dimos,
que dexamos los seis muertos,
y los demas tan heridos,
que no pudo, aun el que ménos,
para acertar á llevar
la nueva tener aliento.
Esto bien les consta á todos,
y que el Rey por ver mi esfuerzo
me dió perdon; aunque yo
me puse en salvo primero:
sí bien con heridas tantas,
que traxe, señora, el cuerpo
hecho criva, por venir
con mil orificios hechos.
No me premiaste esta hazaña,
mas á la segunda ir quiero,
que es la que referir quise
quando vine, y es, que habiendo
visto, que de Inglaterra
llegaba al Ungaro Puerto
con mas de doce mil hombres,
municion y bastimentos,
usé de una estratagema,
que si no fuera por esto,
segun de miedo y de hambre
estaban todos los nuestros,
yo sé lo que fuera ahora:
mas caminando al suceso,
mandé una noche á un Alferez
que con cien arcabuceros,
y con todos los tambores
marchase aprisa hácia el Pueblo
dó esperaba Felisardo
el socorro, porque ellos
desembarcasen seguros
á ir en su seguimiento.
Así sucedió, y yo entónces,
dexando encargado á Arnesto
el cuidado de tu gente,
quise escudriñar yo mesmo
la guarnicion que dexaba
el Anglicano soberbio
en sus naves, que en peligros
tan conocidos y ciertos
el buen Capitan no fia
de un Soldado tan gran peso.
Para lo qual con la espada
en la boca, dí mi cuerpo
al mar, sin que sus baxíos,
ni sirtes me diesen miedo.
Y aunque los globos del agua
me pusieron en aprieto
de la vida, por haberse
encrespado con el viento,
llegué allá, aunque maltratado,
de llagas todo cubierto;
y viendo que apénas hay
hombres en los Navíos, llego
á la Capitana, á donde
unos estaban durmiendo,
otros de posta; y en fin,
todos sin ningun recelo.
Entro, y del primer revés
á dos que topé al encuentro,
de tal manera derribo
que sobre llegar primero
á mis pies, se adelantó
cada qual en tanto extremo,

que despidiendo las vidas,
cayeron los dos á un tiempo.
Los demas alborotados
acuden luego al estruendo,
y yo, qual rayo escupido
de las troneras del Cielo,
rompo, divido y aparto
almas á un lado, á otro cuerpos,
enviando al otro mundo
aquellas, y á mis pies estos.
Fueron tantos los heridos,
y tantos fueron los muertos,
que movido á compasion
se hizo pedazos mi acero.
No desmayé, sino echando
mano de un difunto cuerpo,
hice con él tal estrago
dando golpes, que creyeron,
con razon, que los difuntos
se volvian contra ellos:
por lo qual, los que quedaban
precipitados y ciegos
se arrojan al mar, y como
llegase á este punto Arnesto
con gente, todas las Naves
barrenamos, y al momento,
sin tocar parche ninguno,
con el que pude secreto,
herimos en las espaldas
del Inglés con tal esfuerzo,
que de doce mil, ninguno
escapó de muerto ó preso,
lo qual obligó al de Ungría
hacer paces y conciertos.
Y para saber, señora,
los que en estos dos encuentros
yo solo maté, aquí traigo
el testimonio en mi pecho.
Treinta heridas tengo en él
de á quatro, porque se vieron
entrar tres veces y mas
por unos propios agujeros
las espadas enemigas,
por ser imposible, pienso,
el hacer nuevo orificio,
dó habia ya tantos hechos:
y por cada herida de estas,
quité tres vidas lo ménos,
cuya prueba dexo en manos
de todos los que me vieron.
Pues cómo ha de ser posible,
que quien se puso á estos riesgos,
quien no temió estos peligros,
quien tal multitud ha muerto,
solo por guardar tu vida,
habia de ser instrumento
para quitártela, quando
pudiera mejor sin eso?
Abre, señora, los ojos,
que pienso los tienes ciegos
del mal polvo de la ira,
que ha echado la envidia en ellos.
Ya no quiero que me oigas,
con esto estoy satisfecho,
solo por acabar, digo,
que no es temor, que no es miedo
de la muerte el que me aflige
(lo qual de lo dicho pruebo)
sino solo de la infamia,
que se compra así muriendo.
Mas pues la sentencia es dada,
y ya no queda remedio,
sírvame esta verde vanda

Saca del pecho la vanda, que le dió la Reyna al principio.

en los últimos bostezos,
en los tristes espeluzos,
en los alientos postreros,
de venda negra á mis ojos;
porque conozcan que muero
con esperanza de ser
vengado del alto Cielo,
porque teniendo delante
en aquella hora un premio
que me dieron, porque dí
la vida á su propio dueño,
siendo este dueño quien causa
ahora mi muerte, es cierto,
que Dios, que castigar sabe
la ingratitud, traerá tiempo
en que mi desgracia llores,
en que sientas lo que siento,
en que padezcas la muerte,
que tan sin culpa padezco;
porque agravios semejantes
los toma á su cargo el Cielo.

 Reyna.

Reyna. Por doce dias dilato
la sentencia: consolarte
puedes, Lauro: á Dios. *Vase.*
Duq. Llorando
se vá la Reyna. *Arnest.* Esto hace
la razon. *Duq.* Vamos con ella.
Vanse el Duque y Arnesto.
Flora. Lauro mio, por ser tarde
no me detengo, y por ver,
que se vá mi prima. *Leon.* Antes
me harás, Laura, gran placer,
en que ahora le declares
mas mi inocencia. *Flora.* Yo voy,
y no estarás en la carcel
mañana á las diez del dia.
Leon. Será para ir á adorarte.
Vanse Leonido y Martin.
Clav. Señora, ya cómo puedes
cumplir tu intento? *Flora.* Mal sabes
los pensamientos, Clavela,
de quien procura vengarse,
porque es mejor ocasion
esta, pues será mas fácil
poder cogerle durmiendo.
Clav. Hante dado ya la llave?
Flora. Sí, aunque no habrá ya guardas;
y así, por qualquiera parte
podremos entrar, no tienes
sino estar muy vigilante
á la hora que te dixe.
Clav. Yo haré lo que me mandaste. *Vanse.*
Salen el Duque y Arnesto.
Arnest. Decid ya, qué me quereis?
Duq. Arnesto, que me han contado,
que esta tarde ha falseado
Laura una llave, y bien veis,
que vá mi reputacion,
y por diferentes modos
nos importa mucho á todos,
que esté Lauro en la prision.
Arnest. No teneis que tener pena,
porque de Laura el intento
á diverso pensamiento
del que imaginais se ordena;
y así, podeis ir seguro
lo que toca en esta parte.
Duq. Esto pues es lo que hablarte
ha gran rato que procuro.
Arnest. Habeis ya cenado? *Duq.* No.
Arnest. Pues idos, Duque, á cenar,
y volved á este lugar,
que aquí os esperaré yo:
que os he de llevar confieso,
pues os preciais de mi amigo,
donde podais ser testigo
de un peregrino suceso.
Duq. Mas qué quiere irse á casar
esta noche Laura? *Arnest.* Hubiera *ap.*
acertado si dixera,
que queria ir á matar.
De la verdad muy distante
estais; mas idos con esto,
que aun del caso, por Arnesto,
juro, que estoy ignorante.
Duq. En fin, qué aguardais aquí?
Arnest. O de la Torre en la puerta.
Duq. No quisiera hallarla abierta.
Arnest. Volved presto. *Duq.* Harélo así.
Vanse, y sale Flora con una espada desnuda.
Flora No suena ningun ruído,
todos están ya durmiendo;
y pues sin luz he venido
hasta esta quadra, yo entiendo,
que lo está tambien Leonido.
Mas pasemos adelante,
que tengo mucho que hacer:
Entrase por un lado, y sale por otro.
Ya he llegado: en este instante
depongo el que de muger
ánimo tengo galante;
y del varonil vestida
llego á la alcoba, aunque dentro
hay luz, señal conocida
de muerte, mas al encuentro
se saldrá presto la vida.
Entrase por en medio, y sale Clavela con un envoltorio baxo el brazo.
Clav. Mi señora ha entrado ya,
pues está abierta la puerta.
Ay de mí! poco ha servido
la que he puesto diligencia,
y no pequeño cuidado
en avisar á la Reyna,
si no es que ántes que dé el golpe
quieran los Cielos que venga.
Pero entrar quiero mas dentro,
lle-

llegarme quiero mas cerca,
que podrá ser que sin mí
á matarle no se atreva.
Entrase por el mismo lado que entró Flora, y sale por el otro.
Ya ha llegado? Hay tal suceso!
Dent. Leon. Corta, corta mi cabeza,
que tienes, Flora, razon.
Dent. Flor. La venganza honrosa es esta.
Clav. Ya le mata: quién ha visto
mas lastimosa tragedia,
pecho de muger mas duro,
ni venganza mas sangrienta?
O quién tuviera poder
para impedirle siquiera,
que cortase el postrer hilo!
Dent. Flora. Clavela. *Clav.* Señora.
Flora. Entra
con lo que te dixe al punto.
Clav. No sé, por Dios, lo que intenta
en amortajarle habiendo
dádole muerte ella mesma.
Entrase por en medio, y salen la Reyna, el Duque, Arnesto, y dos Criados con hachas.
Reyna. Seguidme aprisa, seguidme,
y quédese aquí en la puerta
la guarda, y pasar no dexe
á nadie sin mi licencia.
Arn. Guia, señora. *Reyna* Entrad presto.
Duq. Confuso voy. *Arn.* Yo con pena *ap.*
si habrá executado Flora
de su rigor la sentencia.
Entranse todos, y al volver á salir, sale Flora con la espada en la mano por la puerta de en medio.
Flora. Esto es ya acabado. *Reyna.* Laura,
cómo estás de esta manera?
qué has hecho, dí? á quién has dado
la muerte? *Flora.* Señora, espera::-
Arn. Desdicha estraña! *Flora.* Que ya
es tiempo de darte cuenta
de como yo no soy Laura,
ni tu prima como piensas,
Reyna. Pues dí, quién eres?
Flora. Soy Flora,
aquella, aquella Condesa
de quien tuviste noticia
andando á caza una siesta.
Reyna. Jesus! Jesus! *Flora.* No te alteres.
Reyna. Pues qué has hecho?
Flora. Lo que hiciera
una muger que es honrada.
Reyn De qué suerte? *Flora.* Escucha atenta.
Despues que dexó Leonido,
pues que ya sabes la historia,
mas por fuerza, que de grado,
su pretension vana y loca;
porque un muerto á quien hallé
muerto despues, fué custodia
fiel de mi honor, aunque á él
se le hizo espíritu y sombra.
Habiendo estado en la cama,
traspuesta mas de dos horas,
me levanté de ella, quando
en su aurífera carroza
el gran padre de Faetonte
trás la regalada Aurora
á rienda suelta venia
á enjugarle el blanco aljofar;
y llena de pesadumbres,
cercada de mil congojas
me partí aquella mañana
á Alexandría, dó á pocas
diligencias que allí hice,
supe de persona propia
que le vió, como Leonido
iba huyendo por la posta.
A seguirle me dispuse,
si no se ofrecieran otras
cosas de mas importancia,
que te diré luego: ahora
digo, que habiendo pasado
poco mas de un año, sola
con muy poca gente vine
por Provincias muy remotas
á buscarle, pretendiendo
vengar solo mi deshonra,
no con venganza cruel,
sino con venganza honrosa.
A todo Egipto dí vuelta,
á Grecia y á Macedonia,
á Samaria y Palestina,
hasta que llegando á Europa,
discurrí la mayor parte,
en cuyas jornadas y otras,
con-

consumí mas de seis años,
sin hallar ninguna cosa.
Fuera de esto, estuve en Francia
otros seis meses, y en Roma
año y medio, hallando siempre
tanto auxîlio en las personas
de Príncipes y Monarcas,
que con industria no poca,
para venir á Sicilia
ordené aquella tramoya
de fingirme prima tuya,
venir de Costantinopla,
y lo demas que ya sabes;
porque una muger hermosa,
ó ha de tener grande suerte,
y en dicha no ha de ser corta,
ó es imposible que sea
bien recibida de otra.
Bien me recibiste, sea
por mi engaño, ó por la heroyca
de tu pecho fiel nobleza,
pues la decision no importa.
A poco de aquí llegada,
en la cerviz de una roca
entre unos robles metida
oí toda mi deshonra:
que la que es noble muger,
y que de serlo blasona,
como el padecer la afrenta
siente no mas de una sombra,
por lo qual deshonra llamo
á aquella que sufrí nota,
que si la he vengado bien,
me resta probar ahora.
Yo fuí quien puse á Leonido
aquella carta espantosa,
que dixo el Duque ser suya,
quizás temiendo, señora,
tu resolucion y enojo;
y yo tambien fingí estotras,
contrahaciendo tan al vivo
su firma, letras y forma:
todo á fin de que sintiese
con una congoja y otra,
con uno y otro tormento,
lo que ya á todos os consta.
Hasta que ahora llegué
de esta que me mirais forma
á su cama, y dispertando,
le dixe como era Flora,
y la intencion que llevaba:
y derramando no pocas
lágrimas, se echó á mis pies
humilde, á mi cortadora
espada ofreciendo el cuello,
como si fuera lisonja
pasar de un trago la muerte.

Sale Clavela de la alcoba.

Clav. Ya está. *Flora.* Pues mirad ahora
de la suerte que le he puesto.

Córrese la cortina, y estará Leonido con una vestidura Real, coronado de Laurel, y con Cetro en la mano, sentado en una silla.

Duq. Quién vió tal enredo? *Reyna.* Absorta
me tienes, Flora: qué es esto?
Flora. Esta es la venganza honrosa:
Porque aquel año que dixe
denántes, gasté, señora,
en sacar á paz y á salvo,
de Leonido esta Corona;
porque confesó su padre
estando en la postrer hora,
que era su muger Leonida
del Rey de Egipto hija propia,
de la qual, siendo pequeña
en su lugar puso otra,
codicioso de heredar
el Reyno siendo su esposa.
Dexó papeles bastantes,
y como el Cielo disponga
lo que no se piensa á veces,
murió el Rey, quedando sola
por heredera la hija
fingida; yo que á estas cosas
estaba presente, viendo
lo que importaba á mi honra
el salir con este pleyto,
pedí al Rey de Babilonia
mi tio, favor, y como
me diese gente, en persona
salí á la defensa armada,
como valiente Amazona,
alcanzando á cuchilladas
lo que no pude con hojas
de procesos y escrituras,

tanto, que á refriegas pocas,
como estaban sin justicia,
pidieron misericordia.
Sosegado ya el motin,
y al instante y á la hora
Leonida restituida
á su Reyno sin zozobra,
partí á hacer lo que habeis visto,
y aunque si fuera yo otra,
pudiera mostrarle al punto
amor para ser su esposa:
le he querido ver primero
padecer estas congojas,
sufrir estas amarguras,
porque quien sube á la gloria
de una dignidad tan grande,
conviene mucho é importa,
que no entre en ella, hasta haber
purgado sus culpas todas;
y fuera de que imagino
(tanto soy de escrupulosa)
que aunque casara conmigo,
y me volviera mas honra
(por ser Rey) que me quitó,
estuviera vergonzosa,
sino me hubiera vengado
de hallarme con él á solas.
Y he puesto en esta venganza
tal secreto, que yo propia
(hypérbole loca sea,
verdad sea ó paradoxa)
pienso que no lo he sabido;
ó á lo ménos á la boca
no he permitido, que llegue
lo que estaba en la memoria,
que si Arnesto, que es mi primo,
sabia por cierta cosa,
con Clavela, que queria
vengarme, siempre hasta ahora
creyeron le daria muerte.
Y por la Cruz de esta hoja
juro, que mi intento ha sido
solo para que conozcan
de aquí adelante los hombres,
que si por la intencion sola
nos vengamos, qué será
si la ponen por la obra?
No tengo mas que decir,
sino que á sus generosas
plantas me postro, pidiendo
como á mi Rey, que me acoja
en su gracia, y me perdone
los disgustos; y que ponga
esta mi espada á su diestra,
mirando que la Corona,
que en laurel sus sienes ciñe,
á ella se le debe sola
y á mi valor; por lo qual,
si merezco ser esposa
suya, me dé aquí la mano,
con que cobraré mi honra
por entero, y se habrá visto
en Muger venganza Honrosa.

Leon. Levanta, Flora querida,
que si fuera Rey de quantas
Europa tiene Coronas,
Africa, América y Asia,
humilde las ofreciera
á tus generosas plantas:
esta es mi mano.

Levántase Leonido, ciñe la espada, y dale la mano á Flora.

Flora. Yo soy
muy dichosa. *Leon.* Y tú, Clenarda,
dános á besar la tuya.

Reyna. Leonido, tan admirada
estoy, que casi no acierto
á articular las palabras.
Los dos os gozeis mil años,
y perdóname las faltas,
que he tenido en perseguirte.

Leon. Siempre, señora, mi alma
te disculpó. *Reyna.* Y porque veas,
Flora, el gusto que me causa
el ser tu amiga y parienta,
quiero quedarme casada
con tu primo Arnesto. *Flora.* Estimo
tan grande merced. *Arnesto.* Levantas,
señora, mucho á un criado.

Reyna Mi gusto solo bastaba,
quando no lo merecieras.

Flora. Clavela no es mi criada,
que una sangre nos ilustra.

Sale Martin.

Mart. Ya imagino, que se casan,
y vengo á buscar mi novia.

Leon.

Leon. Dónde has estado?
Mart. En la cama
todo lo que pasa oyendo.
Leon. Pues ya es tarde.
Mart. Por qué causa?
Leon. Porque Clavela es del Duque.
Duq. Estimo merced tan alta.
Mart. Y tú, Clavela, qué dices?
Clav. Que soy su esposa.
Mart. Mañana
me he de partir á Ginebra,
por no ver tu boda. *Reyna.* Haga
Sicilia solemnes fiestas,
primero que con mi Armada
se parta Leonido á Egipto.
Todos. Y aquí, Senado, se acaba
la venganza mas honrosa
de una muger; suplid faltas,
que de su Autor, por lo humilde,
no es justo tomar venganza.

FIN.

Con Licencia: En Valencia, en la Imprenta de la Viuda de Joseph de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio del Señor Patriarca, en donde se hallará esta y otras de diferentes Títulos.
Año 1761.